

Penas de amor prohibido

Comedia en dos actos

Santiago Martín Bermúdez

La comedia *Penas de amor prohibido* emplea elementos de realismo aparente. Por ejemplo, el lenguaje de ciertos personajes, que en algún caso llega a contaminar alguna acotación. Pero no es una pieza realista. La trama, las situaciones y lo que los personajes dicen constituye una estilización. Los actores tendrán que sobreactuar, algo muñecos, un poco dibujos de tebeo; y «decir» como si cantasen, pues una musicalidad latente gobierna todo el discurso. Las situaciones se suceden a velocidad endiablada. Algunas de ellas, auténticos goznes de la acción, son especialmente breves y raudas. Los personajes son numerosos, pero los dobla un limitado elenco. El humor, más de situación que de verbo, es compatible con varios incidentes sangrientos.

Alude el título a una pasión, episodio crucial de la vida de los personajes principales que, paulatina aunque inexorablemente, se abre paso a través de una negra peripecia que lo ignora. Cuando ya no hay remedio, le asalta al autor un escrúpulo: ¿es adecuado -incluso legítimo- tratar un asunto así a través del prisma humorístico?

La acción se desarrolla en diversos interiores y exteriores. El escenario es múltiple. Cada ámbito se sugiere con economía de medios.

El texto aquí incluido es tal vez, por su longitud, más apto para lectura que para representación. Una puesta en escena podría suprimir en su totalidad las escenas X, XI y XIV, y expurgar en otras toda alusión a lo suprimido. Existe otra versión de esta comedia: es el libreto de ópera o zarzuela escrito paralelamente a la comedia y cuya música acaba de ser concluida por el compositor madrileño Francisco Cano.

PERSONAJES

Los protagonistas

- CARMELA:** Puta. El éxito en su profesión no la embriaga. Se diría que no piensa en sí misma. Fuerte y astuta. Pero no malvada. Sin pretenderlo, es algo benéfica. Despertará con trágica brusquedad.
- ADELA:** Hermana gemela de la anterior. Decente. Contrafigura de Carmela en todos los sentidos. Pero ni siquiera tendrá tiempo de despertar del todo. Carmela y Adela son idénticas de aspecto, como se repite a menudo a lo largo del texto.
- EL OKAPI:** *Yonki*, buscavidas, compañero de Carmela, a la que no protege como rufián, sino todo lo contrario. Pese a las apariencias, es el único de los cuatro protagonistas que no necesita que lo despierten.
- MANOLO:** Marido de Adela. Ingenuo de incógnita vocación perversa. Temeroso provinciano deseoso del anonimato. Víctima de su despierta e inexperta naturaleza.

Los secundarios y episódicos

- EL TERNERO:** Hampón justiciero, enemigo de las putas. Incansable perseguidor de Carmela. En virtud de su tenacidad se libra de ser un personaje episódico.
- JACK:** Compinche del Ternero. A pesar de su fugaz intervención y pronto desvanecimiento, es una figura decisiva en la acción.

LA MADRE: De Carmela y Adela. En su fugaz aparición, deducimos que debe de ser una mártir.

EL PASMOSO: Poli borrachín. Le pone el cazo al Ternero y algo le da a cambio.

Las putas del Barrio Chino de Barcelona

MALENA LA BISCUTER: Manda mucho. Pequeñita y con mala leche.

CUCA FLORDELÍS: Primeriza. Contemporizadora. Lo que le digan.

TERESITA LA ABERCHALE: Zalamera. No para de bajar y subir escaleras.

ESCARLATA OJARA: Zafia y mal encarada.

UNA MUCHACHA COLGADÍSIMA: Ni habla ni le dejan tiempo para que diga lo más mínimo.

Los clientes

FEDERICO EL GALLO: Se considera guapo y se le nota. Las prefiere pequeñas. No por manejables, sino para permitirse mirar desde arriba. Admite cualquier adulación.

EL GUIRI OBESO: Tiene buen conformar. Le atrae lo exótico.

EL VIRUELAS: Es un pillo. No sería difícil probarlo.

OTROS DOS CLIENTES: De pocas palabras y algún grito.

Los personajes del Corazón Loco Club

NURI CAMPANA: Tiene cierta tendencia a perder clientes.

ROSA LA FLAI: Esta sí que tiene despabilo. Sabe montárselo.

LA BAMBOLA:	Una Lillian Gish de los lupanares.
EL CHULETA:	De los muchos que hay.
EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES:	En trance iniciático.
EL CALVO BONDADOSO:	¿Cándido o depravado?
SABINO EL DISCRETO	Camarero y algo más. Para ser discreto, habla mucho.
MONCHO SUZUKI:	Muchacho hampón. Nervioso y bronquista. No aguanta un pelo, lo que acabará siendo fatal para él y unos cuantos más.
EL ARTISTA SEXAGENARIO:	Rijoso habitual de Carmela. Se le nota en diversos detalles que carece del señorío que aparenta.

Escena del parto

UNA MATRONA

UN DOCTOR, tocólogo.

UN RECIÉN NACIDO, hijo de Adela y Manolo.

Los personajes del Pub-disco de la Princesa Tuerta

EL CAMARERO DEL PELUQUÍN:	Está hartado, por la razón que se verá.
EL CAMARERO AFEMINADO:	Que no se pasa un pelo, ni le da tiempo.
EL CABALLERO PREOCUPADO:	En su momento deducimos que tiene razones para estarlo.
LA MUCHACHA MORDAZ:	La comprendemos, es la historia de siempre.
EL CABALLERO CONTENTO:	No tenemos oportunidad de averiguar si se trata de un panoli o de un tipo avisado.

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA:	Y se le nota muchísimo.
EL BUEY DE MAR:	Aparentemente jefe de la banda de asaltantes. Por otras cualidades suyas, se le alude mucho antes de aparecer.
VANESSA CADERAS:	Asaltante. Contundente criatura de desdichado destino.
LOS TRES POLICÍAS:	Que acuden sin saber lo que les espera.

Los que no aparecen hasta el Acto II:

MANUEL ESPIGADO:	Un cliente tardío. Se le nota cierto amor por los juegos florales.
LA SEÑÁ VENANCIA:	Viuda, cuya apurada existencia la lleva a arrendar su piso para fugaces tratos eróticos.
LA FULANA ELEGANTE:	Pija. Según parece, es un bombón.
LOS PARROQUIANOS:	Del bar donde el Okapi celebra su buena estrella.
LA LUPITO:	Mariquita bondadoso que alquila un <i>meublé</i> .
LA SEÑORA TRINIDAD:	Esposa del Pasmoso. La vida le depara una tardía compensación.

ACCIÓN

**En Barcelona, en Madrid y en una innominada capital
castellana. Entre 1988 y 1990.**

ACTO I

I

Barcelona, Barrio Chino. Una calle angosta y bulliciosa. En tan estrecho margen, chicas, paseantes, mirones. Una de las muchachas, MALENA LA BISCUTER, contempla con ira y desazón cómo una jovencita que, por los síntomas, está colgadísima, pierde constantemente la vertical. Mirando al buen nombre y la viabilidad del negocio, la increpa sin miramientos.

MALENA LA BISCUTER.- ¿Te quieres largar de aquí? Que nos vas a dar mal fario, vete a chutarte a otro sitio.

CUCA FLORDELÍS.- Déjala en paz, que ya tiene lo suyo.

MALENA LA BISCUTER.- Esta nos ahuyenta los clientes.

(La COLGADA apenas puede dejar escapar un murmullo.)

CUCA FLORDELÍS.- Que no, Malena, si te pones por las malas va a ser peor. Déjamela a mí. **(A la COLGADA.)** Anda, ven conmigo, mujer, que este ambiente no te conviene nada, tan joven.

(Salen ambas, MALENA LA BISCUTER ayuda a CUCA FLORDELÍS, casi arrastrando del brazo a la COLGADA.)

MALENA LA BISCUTER.- La madre que le parió al caballo. Nos va a traer la ruina. Así no hay quien trabaje, leche.

(Dos paseantes, FEDERICO EL GALLO y un obeso acompañante de aspecto extranjero, se detienen junto a MALENA LA BISCUTER y la contemplan con desparpajo. De tanto mirar paseantes y buscar parroquia, MALENA tarda en fijarse en los invitadores visajes de los recién llegados.)

MALENA LA BISCUTER.- Hola, prendas. ¿Me estabais buscando?

FEDERICO EL GALLO.- ¿Ya no te acuerdas de mí?

MALENA LA BISCUTER.- ¡Ay, amor! ¡Cómo no me iba a acordar!

FEDERICO EL GALLO.- Vaya, vaya. ¿Así que me recuerdas?

MALENA LA BISCUTER.- A ti no se te puede olvidar. Tú eres un señor. Y vaya planta. Y esa cara...

FEDERICO EL GALLO.- Magnífico. Sí, ya veo que te acuerdas de tu amigo Federico.

(Ahora es cuando realmente cae MALENA LA BISCUTER en la identidad del morenito de sonrisa pedante.)

MALENA LA BISCUTER.- Claro. Federico... El Gallo.

FEDERICO EL GALLO.- Me llaman así por lo torero... y por más cosas.

MALENA LA BISCUTER.- Hoy no vienes solo.

FEDERICO EL GALLO.- Vengo con este amigo. Es guiri, como decís por aquí.

MALENA LA BISCUTER.- No aplicamos la ley de extranjería. Si viene contigo, precio para nacionales. Ya mismo viene una amiga mía que le va a quitar las penas.

FEDERICO EL GALLO.- Te quiere a ti, y yo le he dicho que no se pase, que tú eres cosa mía.

MALENA LA BISCUTER.- Hasta ahí podíamos llegar. Pero que no se apure, que en seguida lo arreglamos.

FEDERICO EL GALLO.- (Al GUIRI OBESO.) Con razón soy consciente del atractivo que ejerzo sobre las mujeres.

(Regresa en esos momentos CUCA FLORDELÍS.)

MALENA LA BISCUTER.- Aquí está mi amiga Cuca Flordelís, que se las sabe todas. Cada día me enseña algo nuevo.

FEDERICO EL GALLO.- ¿Enseñarte a ti...?

MALENA LA BISCUTER.- Pues claro, yo soy una inocentona. Mira, Cuca, aquí un amigo, que le llaman Federico el Gallo, por lo torero y por más cosas. Y este es su amigo.

FEDERICO EL GALLO.- Ojo con este amigo. En su entusiasmo, viene dispuesto a cualquier cosa. Es un enamorado de todo lo español.

CUCA FLORDELÍS.- Pues, venga, vamos a armarla.

FEDERICO EL GALLO.- (A su acompañante.) ¿Te gusta la Cuca, Charlie? Es exótica, como a ti te gustan.

EL GUIRI OBESO.- Sí, gustan a mí.

CUCA FLORDELÍS.- (Al GUIRI OBESO.) ¿De dónde eres, hermoso?

EL GUIRI OBESO.- De Arkansas, *little flower*.

CUCA FLORDELÍS.- (Admirada.) ¿Y hablas inglés?

EL GUIRI OBESO.- *Of course*.

CUCA FLORDELÍS.- ¡Qué envidia me da la gente con cultura!

EL GUIRI OBESO.- ¿Ser andaluza?

CUCA FLORDELÍS.- Ser de Extremadura, *míster*.

EL GUIRI OBESO.- (Entusiasta.) Gustarme.

FEDERICO EL GALLO.- Pues vamos *parriba*.

MALENA LA BISCUTER.- Ya sabía yo que la colgada esa nos estaba dando mal fario. En cuanto se ha abierto, mira tú qué clientela.

FEDERICO EL GALLO.- Así que te acuerdas de mí... Vaya, vaya. (Al GUIRI OBESO.) Ya te lo dije. Lo mío no es una mirada, es un rayo láser.

(Salen de escena los cuatro.)

Entra entonces CARMELA, que se pasea provocativa y guapa. Acostumbrada al éxito que consigue por su palmito indiscutible, espera un inmediato cliente después de habérselas visto con otros, en fecunda e ininterrumpida secuencia. No necesita mirar, buscar, guiñar. Es a ella a quien los hombres miran, buscan y guiñan.

Surge de entre el gentío paseante un hombre maduro de exaltado y dudoso aspecto, el TERNERO, que con sombrero disimulo observaba a todas las muchachas. Pero no parece decidido a hablarle.)

CARMELA.- (Ante el silencio del TERNERO.) Vamos un ratito, ¿quieres? Lo vamos a pasar pero que muy bien.

TERNERO.- ¿No me reconoces?

CARMELA.- (Concluyente.) No.

TERNERO.- Subí contigo hace unos días.

CARMELA.- Pues ahora subimos otra vez, hala.

TERNERO.- Me hiciste un francés.

CARMELA.- Pues a por otro, chico.

TERNERO.- ¿Cómo te llamas?

CARMELA.- Adela. Venga, vamos.

TERNERO.- ¿El mismo precio?

CARMELA.- Hace la tira que no hay subida de tarifas. Ni el coste de la vida.

TERNERO.- ¿Me lo puedo pensar?

CARMELA.- Si te lo piensas es peor. Vamos *parriba*.

TERNERO.- Tengo que pensarlo.

CARMELA.- No vendrás de mirón...

TERNERO.- Te juro que no.

(Por una esquina, presuroso, surge el OKAPI. Viene con prisas excluyentes de cualquier acontecimiento ajeno a sus inmediatos fines. CARMELA y el TERNERO siguen platicando, circunstancia que exaspera al OKAPI, llegado con distintos y apremiantes objetivos.)

OKAPI.- La madre que me parió. La Carmela está *enrollá* con uno. Como se lo suba, he perdido la ocasión.

(CARMELA y el TERNERO dejan de hablar. Tal vez no han llegado a un acuerdo. El OKAPI salta sobre la oportunidad y, agobiado, se acerca a CARMELA.

El TERNERO descubre entre el gentío a su amigo JACK, que acaba de llegar a lo que parece una cita trascendente. JACK es alto, desgarrado, lleva unas gafas gruesas que le empequeñecen unos ojos crueles.

CARMELA no ha visto aún al OKAPI, ciegos sus ojos por tanto ser contemplada, y el muchacho comienza con una torpeza.)

Carmela, escucha...

(CARMELA se vuelve contra él, y a pesar de ser mucho más alto, le arrincona amenazadora contra la pared. Ni aún acostumbrado a estos prontos de CARMELA, justificados por lo demás, deja el OKAPI de estremecerse por la violencia más o menos conyugal.)

CARMELA.- (Furiosa.) Como vuelvas a llamarme Carmela en la calle, es que te parto el alma, mamón. **(Silencio. El OKAPI ha enmudecido de terror. JACK y el TERNERO, ajenos, siguen conversando.)** A ver, ¿cómo me llamo?

OKAPI.- Adela... **(Ella le suelta.)**

CARMELA.- (Agresiva.) ¿Qué es lo que quieres tú ahora? Estoy trabajando.

OKAPI.- (Apresurado.) El murciano tiene un caballo guapísimo. Buen precio. Muy puro. Se lo van a quitar de las manos si no llego a tiempo.

CARMELA.- Y tú me vas a quitar la vida con el puto caballo ese.

OKAPI.- Pero puede ser un negocio apañadísimo. Una pasta, tronca.

(Discuten. Gestos enfáticos, cuando no zalameros, del OKAPI, que precisa de liquidez para un menudo trapicheo. Mientras, JACK y el TERNERO ultiman algo así como una estrategia.)

TERNERO.- Se llama Adela. Hace francés.

JACK.- Entonces, se merece lo que le pase.

TERNERO.- Duro con ella.

JACK.- ¡Las quiero matar a todas...!

TERNERO.- Calma, Jack... De momento, hemos quedado en que sólo iremos por las que hagan francés...

JACK.- ¡Qué asco! ¡Qué degradación!...

TERNERO.- Tranquilo. Ve por ella, no se vaya a decidir el maromo ese que le está dando palique.

JACK.- Hay que cumplir...

(Se saludan solemnes, como si JACK partiera a una misión. Ya sólo les queda aguardar a que la víctima elegida despache lo antes posible al OKAPI, al que ambos han tomado por un cliente sin inmediato porvenir.)

CARMELA.- ¿Qué necesitas?

OKAPI.- Cinco talegos.

CARMELA.- ¿Y qué te van a dar por cinco talegos?

OKAPI.- Es a cuenta. Luego, con el trapicheo, le liquido al murciano, y tan amigos.

CARMELA.- Aquí no lo tengo. Y no puedo subir ahora. Estoy esperando a ese cabrón a ver si le hago una mamada.

OKAPI.- Yo subo, ¿vale, Carmela? **(Amenaza de ella. Él retrocede y grita:)** ¡Adela! ¡Adela!... La puta más fina entre la Rambla y el Paralelo.

CARMELA.- **(Saca unas llaves del bolso y se las entrega con enorme disimulo al indiscreto muchacho.)** Las dejas en la almohada, ¿entendido?

OKAPI.- Un día de estos te retiro. Te lo digo yo, tu Okapi, que me han *echao* las cartas y me han dicho que me va a caer una pasta gansa.

(Ella sonrío. El OKAPI se escabulle en busca de liquidez, ya sólo ve la cómoda cerrada cuyos ocultos billetes le franquearán el paso a un nuevo negocio.)

No pierden el tiempo los conjurados. Sepárase el TERNERO de JACK y desaparece entre los curiosos.)

CARMELA.- **(Al TERNERO, que ya se ha evaporado.)** Eh, tú, bigotes. No te vayas... ¡Ya me han *pisao* un cliente por culpa de este *maula*!

(Interpónese JACK, jaque de intención, sutilmente alterado el ánimo.)

JACK.- Espera.

CARMELA.- (Sin sorprenderse siquiera.) ¿Subimos un ratito?

JACK.- Venga.

CARMELA.- ¿Sin pedir condiciones?

JACK.- Me las sé. Tres más uno.

CARMELA.- ¿Te conozco?

JACK.- Me vas a conocer.

CARMELA.- Olé los hombres decididos.

JACK.- No lo sabes tú bien.

Vase CARMELA con JACK. Varios curiosos, posibles consumidores, contemplan la partida de ambos. Más de uno maldice en silencio su falta de sentido de la oportunidad en el asalto a tan solicitada mujer.

II

La escalera de una casa de vecindad, un piso con varias puertas, tras una de las cuales proseguirá la acción. Del resto surgirán personajes, como habremos de comprobar.

Conducen las puertas a ínfimos tabucos donde se desarrolla el culmen, casi siempre apresurado, del comercio carnal.

Tras una de las puertas, surge TERESITA LA ABERCHALE acompañada de un cliente silencioso.

TERESITA LA ABERCHALE.- ¿Ni una propina siquiera? (Se advierte que él quiere salir de allí cuanto antes. Descienden por la escalera, ella le sigue, rezongando, aunque resignada. Tacaño. Nada zalamera, incluso agresiva.) Espero que vuelvas por aquí. (Descienden las escaleras y se pierden de vista camino de la misma calle que nos ha sido dado conocer.)

(Al cabo de un rato, consecuencia inmediata del diligente trato que ya hemos presenciado, suben CARMELA y JACK.)

CARMELA.- Es por aquí.

(Entran por una puerta distinta a la de TERESITA LA ABERCHALE. Penetran en un cuchitril que es apenas más que una habitación ínfima.

CARMELA enciende la luz. Es una bombilla roja que desdibuja los rostros y que sirve tanto para encubrir como para satisfacer eventuales pudores. Rauda, CARMELA pone manos a la obra. JACK no parece tener urgencia.)

CARMELA.- Date prisa, corazón, que tengo que ir a un entierro.

JACK.- Claro que vas a ir.

(Ella empieza a desnudarse. Él permanece quieto.)

CARMELA.- Pero por qué no te desnudas. Te digo que tengo prisa.

JACK.- No haber subido.

CARMELA.- Qué jodío.

JACK.- Hubiera sido mejor para ti.

CARMELA.- Venga, yo te ayudo... No serás un tímido.

JACK.- No hace falta que me ayudes. Tampoco hace falta que te desnudes tú.

CARMELA.- Este tío está loco. Me empiezas a cabrear, ¿sabes?

(Se separa de él. Algo se malicia en el confuso y útil manojo de datos que es su experiencia. Finge seguir desnudándose y acércase a la misma cómoda que ha debido de abrir hace sólo unos minutos el ansioso OKAPI.)

JACK.- No te cabrees. Vas a morir. Soy Jack el destripador.

CARMELA.- No me digas.

(De espaldas a JACK, toma un objeto indefinido del interior de la cómoda.)

JACK.- (Saca una faca.) Lo vas a ver.

(CARMELA se vuelve rápidamente. Empuña un revólver. Dispara sobre JACK, que se derrumba. Y que fallece en el acto.)

En ese momento, se oye agitación en todo el inmueble. CARMELA se recompone e intenta recuperar la serenidad, lo que no parece que vaya a resultarle demasiado difícil.

Surgen chicas ligeras de ropa de las demás habitaciones, con algunos clientes. El guirigay alcanza su culminación, confusa y alterada, con parejas de gritones incapaces de escapar porque no tienen seguridad de que escaleras abajo no les aguarde otro estampido.

Con toda sangre fría, CARMELA se ha desprovisto de algo más de ropa. Se incorpora al desconcierto como si tal cosa, uniéndose al coro de gritos, comentarios y preguntas, que se desarrolla como un enredado conjunto: «qué ha sido eso, un escape de gas, un tiro, un sifón»...

Uno de los clientes, decidido por fin, intenta escabullirse. MALENA LA BISCUTER, siempre vehemente, lo agarra: «Ese, que se va sin pagar». «Déjeme, que ya he pagado». «Dejadle irse, ha pagado, pero no le ha dado tiempo de entrar a matar», responde ESCARLATA OJARA. El cliente consigue largarse de allí. El coro alarmado conviértese por fin en regocijado cachondeo.)

ESCARLATA OJARA.- Estaba en posición, pero el zambombazo ese le ha *arrugao*. Se creía que venían por él.

FEDERICO EL GALLO.- ¿Qué habrá sido eso?

MALENA LA BISCUTER.- No era nada.

EL GUIRI OBESO.- ¿Son las fallas?

CUCA FLORDELÍS.- Qué va. Esto es San Fermín.

EL GUIRI OBESO.- ¿Seguimos la corrida?

MALENA LA BISCUTER.- Debe ser la moto del Quimet.

ESCARLATA OJARA.- Ya lo sabremos, si sale algún fiambre.

MALENA LA BISCUTER.- O si canta, que los fiambres cantan que no paras en la casa.

CUCA FLORDELÍS.- Pues si se entera la pasma de que tenemos aquí un fiambre, sí que la hemos jodido.

MALENA LA BISCUTER.- A emigrar, a reconvertirse... y antes, a follar gratis lo menos una semana. Si lo sabré yo.

CARMELA.- Pero qué *exagerá* eres, hija. ¿Sabes? Lo que es yo, me vuelvo con mi invitado, que está ahí esperando.

(En esas, ajena a todo, regresa TERESITA LA ABERCHALE con otro cliente.)

TERESITA LA ABERCHALE.- Pero qué hacéis todas en la escalera.

CUCA FLORDELÍS.- *Na*, que ha habido un ruido y nos hemos asustado.

(El cliente, alarmado, huye escaleras abajo.)

TERESITA LA ABERCHALE.- *¿Ande vas, chalao?* La puta que os parió, podíais haberos metido la lengua en el culo. (Corre tras él, a punto de caer escaleras abajo, desgañitándose en un desesperado e infructuoso intento de recuperar lo perdido.) Oye, ven aquí, no hagas caso a estas putas...

(Apaciguase todo. Cada mochuelo a su olivo. CARMELA -la procesión va por dentro- se entretiene con los demás, comenta, glosa y ríe. Es la última en regresar a su tabuco, tras el que le aguarda, precisamente, un fiambre. Su puerta ha estado entornada todo el tiempo, y ahora la cierra, mas evitaremos detalles de lo que sucede dentro.

Al cabo de un rato aparece de nuevo, completamente vestida, sigilosa, cauta, con disimulo. Mira a derecha e izquierda. Cierra con varias vueltas de llave. Va a descender la escalera, cuando ve venir a alguien.

Retrocede y se esconde en un extremo. Es de nuevo Teresita la Aberchale, que llega con un tercer cliente, EL VIRUELAS.)

TERESITA LA ABERCHALE.- Por aquí, chato, vas a ver qué bien nos lo pasamos. Si me das una *propi*, te hago un numerito que ni te lo crees.

EL VIRUELAS.- Tendrás la propina, reina mía.

TERESITA LA ABERCHALE.- Me gustan los rumbosos.

EL VIRUELAS.- (Ríe, intenta parecer avisado, astuto.) Y eso que me cuesta mucho ganarlo.

TERESITA LA ABERCHALE.- ¿En qué trabajas?

EL VIRUELAS.- Eso no se puede decir, que me sacan en los papeles.

TERESITA LA ABERCHALE.- ¿Te dedicas a la política?

EL VIRUELAS.- Qué perspicaz. Pero de eso hace tiempo.

TERESITA LA ABERCHALE.- Ya sé. Ahora, eres blanqueador.

EL VIRUELAS.- No te lo puedes ni imaginar, *botijín*. Eres lista. Me gustan las listas. Esto va a ser el sitio de Zaragoza.

(Ríen ambos. EL VIRUELAS la toquetea, ríe y murmura algo ininteligible, cuyo sentido soez es evidente. Entran en la habitación de TERESITA LA ABERCHALE.

CARMELA aprovecha para salir y echa escaleras abajo.

Durante unos instantes, vacío en el estrecho corredor.

Ábrese al cabo una puerta y sale MALENA LA BISCUTER con FEDERICO EL GALLO, su cliente. Discúlpase ella con malhumor y aspavientos.)

MALENA LA BISCUTER.- ¿Y qué quieres por tres talegos? ¿*Toa* la puta noche?

(El tipo es algo chuleta, aunque aquél no es su terreno.)

FEDERICO EL GALLO.- La noche, no, joder, pero estas prisas, y esa explosión, qué asco.

MALENA LA BISCUTER.- ¿Qué explosión? Yo no he oído ninguna explosión.

FEDERICO EL GALLO.- No, si además se me pone a vacilar...

MALENA LA BISCUTER.- Eso debía de ser la bombona de butano que tiene la sorda de arriba, que ha *reventao*, y ya está, no hay más.

FEDERICO EL GALLO.- Así no le dan a uno ganas de volver.

MALENA LA BISCUTER.- Cómo que no vas a volver. Tú vuelve y verás qué bien lo pasamos. La próxima vez me das una *propi* y es que alucinas, prenda mía. Y tráete también a tu amigo. Ahí deben de seguir. (**Con los nudillos, llama MALENA LA BISCUTER a otra puerta.**) Cuca, soy yo...

CUCA FLORDELÍS.- (**Desde su habitación.**) Qué quieres tú ahora. Estamos en plena faena.

MALENA LA BISCUTER.- ¿Y por qué tardas tanto?

CUCA FLORDELÍS.- Te lo puedes imaginar.

MALENA LA BISCUTER.- ¿Te ha *dao propi* el guiri?

CUCA FLORDELÍS.- Pues claro.

MALENA LA BISCUTER.- ¡Agur! (**A FEDERICO EL GALLO.**) ¿Te enteras lo que es un tío desprendido?

FEDERICO EL GALLO.- *Cuidao* que eres interesada. A ese lo que le pasa es que paga en dólares.

(Desaparecen escaleras abajo, dispuestos a seguir discutiendo el plus de productividad. Al cabo de unos instantes, sube CARMELA. Mira a ver si hay alguien. Llama hacia abajo:)

CARMELA.- Sube, está *despejao*.

(Surge el OKAPI, con pinta de estar bastante colocado. Van sigilosamente -él, en la medida en que le es posible- hasta la habitación de CARMELA. Abre ella rápidamente y se cuelan dentro.

En el interior continúa tendido en el suelo, como no podía ser menos, el fiambre de JACK.)

OKAPI.- Tía, qué mogollón, cómo has podido meterme en este lío.

CARMELA.- ¿Meterte, mamón? Es ese fiambre el que ha metido en el lío, y mira cómo le ha salido. Ahora me ayudas a sacarlo de aquí o te pego una *patá* en los huevos.

OKAPI.- Qué fuerte, tronca, qué fuerte. ¿Te has *dao* cuenta de que le has *sacao* las tripas con la pipa?

CARMELA.- Venga, agárrale del sobaco.

OKAPI.- Pero Carmelilla, chocho loco, que es de día, hay peatones, vecinos, maderos, de *to*. Hay que esperar a esta noche. Traigo el coche, lo metemos y en paz.

CARMELA.- Esta noche ya tendrá el rigor mortis.

OKAPI.- Anda, es verdad... Pues entonces traigo la furgoneta del Tato.

(Piénsaselo CARMELA, con perentoria actitud. Menea la cabeza el OKAPI, como si fuese él el ser más sensato en este mundo lleno de locos, pasivo y más bien tranquilo, acostumbrado a que CARMELA salga de cualquier apuro. Asume ella, de repente, una inapelable decisión.)

CARMELA.- Nada de furgoneta. Nos vamos de aquí.

OKAPI.- Pues vámonos. Quién nos conoce.

CARMELA.- Venga, aire. Nos vamos a Madrid.

OKAPI.- ¿A Madrid? Ahora que ya sabía yo una *miqueta* de catalán, *mas fotut*, Carmelilla...

(Salen, de nuevo sigilosos, aunque decididos. Mas unas risas los detienen. Es TERESITA LA ABERCHALE, dentro, con su cliente.

CARMELA vuelve a cerrar con dos vueltas y, con el OKAPI, se oculta en un oscuro rincón del rellano.

Se oye a TERESITA LA ABERCHALE y a EL VIRUELAS, su cliente, se diría que contentos, por mucho que las razones, aunque sí los intereses, no coincidan.)

TERESITA LA ABERCHALE.- Eres un insaciable, barbas...

EL VIRUELAS.- Lo que soy es un rumboso.

TERESITA LA ABERCHALE.- Ya te dije, ya te dije...

EL VIRUELAS.- Que con *propi*. ¡Hala, pues toma la *propi*! Hay que ver el dinero que cuesta que a uno le cojan cariño.

Les llegan a los prófugos unos ruidos indefinidos, sin duda identificables para ellos. Risas. CARMELA y el OKAPI creen llegada la ocasión de evaporarse. Descienden. Se pierden. Queda, tras la puerta de la cerrada habitación de CARMELA, el cadáver del destripador destripado.

III

ADELA (hermana gemela de CARMELA, tan semejante a ella que cualquier podría confundirlas) y su MADRE. La breve charla de ambas mujeres tiene lugar en la castellana capital de provincia donde tienen su domicilio.

LA MADRE.- Estoy muy contenta de que le vayan bien las cosas a tu marido en seguidita de casaros, pero me pone muy triste que os tengáis que ir a vivir a Madrid por el ascenso ese.

(Reprime un sollozo la buena mujer.)

ADELA.- Madre, madre, qué le pasa a usted...

LA MADRE.- Hija mía, hay algo que tienes que saber. Tu hermana Carmela, que me va a quitar la vida, se ha ido de Barcelona y ahora vive en Madrid. Sigue de puta, ay Virgen Santa, qué hermanas tan distintas, cómo me ha salido a mí una hija puta. **(Llora rabiosa, inconsolable.)** ¡Ay, si tu padre viviera...!

ADELA.- Madrid es muy grande, madre, no me la voy a encontrar...

LA MADRE.- Pero ella es como tú, sois clavadas. Eso es lo que me desvela. Si la ves, bueno, pues «hola, hermana». Pero si se la encuentra alguien que te conoce... Os pueden confundir, o enterarse así de este baldón, no quiero ni pensarlo.

ADELA.- ¿Y por qué se ha tenido que trasladar a Madrid precisamente ahora?

LA MADRE.- Qué sé yo. Me imagino que por nada bueno. ¿Por qué tendremos una puta en la familia, Virgen Santa, por qué, qué te he hecho yo?

(Incapaz de soportar la candorosa mirada de ADELA, vase LA MADRE a llorar a solas a otro punto de la casa.

Queda meditabunda ADELA, ocupada por el drama familiar.)

ADELA.- **(Sola.)** Mi hermana, mi pobre hermana. Madre, si usted supiera... Pero es mejor no empeorar las cosas ni empañar la memoria de los muertos.

IV

Fuera de sí, el TERNERO ronda las calles del Barrio Chino en infructuosa búsqueda de una pista sobre el asesino de su amigo JACK. Le acompaña otro dudoso personaje, con síntomas de intoxicación etílica transitoria, el PASMOSO, un amigacho recién llegado de Madrid.

TERNERO.- ¡Como a un perro! ¡Lo han matado como un perro!

PASMOSO.- **(Algo ebrio.)** Ya te dije que era peligroso...

TERNERO.- Había que hacerlo. Este mundo es una basura. Hay que limpiarlo.

PASMOSO.- Qué manía, Ternero, qué manía.

TERNERO.- En eso me tienes que ayudar.

PASMOSO.- Cuenta conmigo. Pero recuerda que estoy muy mal de fondos. Tengo deudas...

TERNERO.- En la poli tenéis mucha información. (**Saca unos billetes y se los da al PASMOSO.**)

PASMOSO.- (**Se guarda los billetes.**) Haré lo que pueda. Pobre Jack, quién lo iba a decir.

TERNERO.- No lo olvides. Necesito saber quién era, dónde están, dónde se han metido.

PASMOSO.- *Tranqui*, Ternero, *tranqui*, todo se andará.

V

Lejos de allí, algún tiempo después, el OKAPI se encuentra a solas, prometiéndoselas muy felices. Lo sorprendemos atándose una goma al brazo. Empuña una jeringuilla. En ese momento irrumpe CARMELA en la ensimismada intimidad del OKAPI.

CARMELA.- Pero *desgraciao*, dame eso.

(Arrebátale la jeringuilla, ante el estupor impotente del otro.)

OKAPI.- Pero qué te pasa, Carmela, a ver si es que ahora te vas a hacer de nuevas...

CARMELA.- Pícate lo que quieras, mamón, pero no con esta jeringuilla.

(Colérica, CARMELA arroja al suelo la jeringuilla, que se hace añicos.)

OKAPI.- Te has cargado el chute, tronca, qué mal.

CARMELA.- Tienes más pico. (Busca en su bolso.)

OKAPI.- Pero no tengo con qué. (Lo dice hundido.)

CARMELA.- Toma.

(Le entrega una bolsa de jeringuillas desechables.)

OKAPI.- ¿Y eso...?

CARMELA.- *Pa* que no cojas una hepatitis, ni una sífilis, ni el sida, ni *na, desgraciao*, irresponsable, que te voy a pegar una *patán* los huevos que te *a* sobrar el caballo *pa* siempre... Mira que picarse con la jeringuilla del Buey de Mar, que es un maricón.

(El OKAPI se prepara otra jeringuilla.)

OKAPI.- *Tranqui, tranqui...* Es un detalle, Carmela, lo que yo te quiero, ¿eso no vale *na*?

CARMELA.- ¿Te has hecho ya con el *mercao*?

OKAPI.- (Fastidiado. Evasivo.) Madrid es muy grande, y muy jodido... Me va a ser difícil. (Se razona a sí mismo. Con indignación.) Hay mucho camello y mucho cabrón. Mucho guiri de competencia. Y no sé dónde paran los *yonkis*. (Se queda pensativo.) Pero hay una cosa que me preocupa. Si al fiambre tuyo lo encontraron en el barrio chino, van a peinar todos los rincones donde haya putas hasta encontrarte. No nos conocían, pero le habrán *dao* una descripción a los maderos, que no veas. Les tiene cuenta, si no, al talego...

CARMELA.- ¿Qué quieres decirme con eso? ¿Que deje la calle y me coloque en el *cortinglés*?

OKAPI.- Tenemos que reconvertirnos, como dicen los barandas de la tele. Te lo tengo *avisao* un pelín.

CARMELA.- Pues yo no sé hacer otra cosa.

OKAPI.- Ni yo tampoco.

VI

(Descubrimos ahora una muy distinta intimidad. En su nuevo piso, recién establecidos en la capital del reino, la feliz, respetable y joven pareja formada por ADELA y MANOLO proyecta un adecuado amueblamiento de las vacías salas de una vivienda sin protección oficial.

Ambos se encuentran en un comedor donde no hay más mueble que un sillón en el que está sentada ADELA. Tiene una carta en una mano. La vemos pensativa, preocupada, nerviosa. MANOLO, al modo de Fígaro en semejante circunstancia de hogareño preparativo, mide el suelo de la pieza vacía con el propósito de poblarla cuanto antes. ADELA se encuentra en estado de buena esperanza, no hay otro modo de decirlo al tratarse de ella.)

MANOLO.- (Mide.) Cinco... doce... veinte... treinta... treinta y seis... cuarenta y tres...

ADELA.- (Para sí, preocupada, arruga la carta.) Dios mío, tengo que decírselo a Manolo. Él no sabe nada. ¿Qué vamos a hacer ahora? Qué dirá Manolo, tan honrado, tan ajeno a algo tan horrible. Pero no puedo seguir ocultándoselo.

MANOLO.- Me temo que la cómoda no va a entrar aquí. ¡Qué fastidio! Como tengamos que comprar otra...

ADELA.- Madre mía, qué conflicto, qué duda...

MANOLO.- ¿Duda, dices? ¿No te acuerdas de aquella coplilla que cantaba tu padre, que en paz descanse?

Tú tranquila, pequeña,

que en un ratito,

esas dudas que tienes

yo te las quito.

ADELA.- Manolo, tengo que hablarte. Esta carta de mi madre... **(Se echa a llorar.)**

MANOLO.- **(Alarmado.)** ¿Qué ocurre, mi vida? ¿Qué le sucede a tu pobre madre...!

ADELA.- **(Repentinamente exaltada, confiándose plenamente.)** Júrame que, te diga lo que te diga, seguirás queriéndome, seguirás respetándome como hasta ahora. Bien sabe Dios que ni yo ni mi madre tenemos nada que ver con esto. Júrame que ninguna amenaza exterior a nosotros influirá en nuestro amor.

MANOLO.- **(Con vehemencia.)** Te lo juro, Adela, amor mío. Dime, dime qué pasa. ¿Qué dice esa odiosa carta!

ADELA.- Te enterarás de algo horrible. ¿Sabrás perdonarme?

MANOLO.- ¿Qué es, qué es!

ADELA.- Tengo una hermana...

MANOLO.- ¿Una hermana! ¿Tú?

ADELA.- Sí. Se llama Carmen. Carmela. Nunca hemos querido revelarte su existencia. Es una víctima, y la pobre es la vergüenza de la familia. Es prostituta. Se gana la vida en Barcelona. Pero ahora ha venido a vivir a Madrid. Me lo cuenta mi madre en esta carta.

MANOLO.- ¿Qué más! ¿Qué más!

ADELA.- Carmen y yo somos gemelas, exactas, igualitas. Si la ven en una esquina, en un bar de alterne, en un albergue de carretera... ¡No quiero pensarlo!

MANOLO.- ¿Por qué me has ocultado esto a mí en los años que nos conocemos? ¿No tenías confianza en mí?

ADELA.- Temí perderte si te enterabas. ¿Quién va a querer tener una prostituta de cuñada? Temí que me despreciaras por ello, que me dejaras, que no te casaras conmigo. Nadie lo sabe, nadie. Salió pronto de nuestro vida y no ha vuelto a aparecer por casa. Ni siquiera ha vuelto nunca a nuestro pueblo. A veces llamaba por teléfono, o escribía. Nunca nos pidió nada.

MANOLO.- Mi amor hacia ti está por encima de todo. Tú eres pura, inocente. Y tú misma lo has dicho. Tu hermana, como todas esas desgraciadas que ejercen tan triste menester, es una víctima de la sociedad, una sociedad injusta y cruel.

ADELA.- ¡Qué tonta he sido! Cómo no ibas a comprenderlo tú, el hombre más bueno del mundo. Pobre hermana mía, mi hermana gemela.

MANOLO.- Y pensar que todos te creíamos hija única. ¿Os parecéis mucho?

ADELA.- Es igualita, exacta en todo, en la cara, en la figura...

MANOLO.- En lo externo, tal vez. Pero no es como tú, no puede ser como tú.

ADELA.- Pobre Carmela. ¡Dios mío...!

MANOLO.- ¿No crees que puede haberse trasladado para abandonar ese turbio mundo?

ADELA.- Ojalá fuera así. (**Le enseña la carta.**) Mira, aquí pone dónde trabaja. Corazón Loco Club. Y mira las señas. Eso es un bar de fulanas, no cabe duda.

MANOLO.- ¡Dios mío! No cabe duda, no.

ADELA.- (**Se echa mano al vientre.**) ¡Ay!

MANOLO.- ¡Qué ocurre, vida mía!

ADELA.- (**Ríe.**) Es el niño... Me ha dado una patada. Será que ya quiere salir. (**Se abrazan.**)

MANOLO.- Tranquilízate. Ya verás lo felices que seremos cuando haya un niño en esta casa. Más felices, mucho más que ahora, cuando escuchemos su voz clara, su risa sin fin.

ADELA.- Tal vez cuando el niño ya esté entre nosotros me haya abandonado el presagio que ahora me ahoga.

MANOLO.- ¿Qué presagio, bien mío?

ADELA.- No lo sé, no lo sé. Siento una inquietud. Como si algo fuese a suceder. Algo malo, que nos acecha a nosotros, a ti y a mí.

MANOLO.- ¿Cómo no ibas a sentirlo si tu hermana está hundida en el ejercicio del más vil de los comercios? Pobre mujer. Mas también, pobre de ti, y de tu madre. Cuánto sufrimiento. Cómo habéis podido guardar silencio todos estos años.

ADELA.- Esa alegría de ser madre que conmueve a todas las mujeres, no la siento desde que recibí esa carta.

MANOLO.- Aparta de ti esa inquietud que te oscurece un semblante que siempre ha sido cristalino, inocente, puro.

ADELA.- Pero cómo, cómo puedo vivir esa dicha de ser madre, junto a un hombre que me ama, que me protege, sabiendo que mi hermana recorre esas calles ofreciéndose a los hombres por dinero, profanando su alma.

MANOLO.- Calla, calla. También de mí se apodera una inquietud que no comprendo. ¿Es posible que tu hermana sea tan parecida a ti?

ADELA.- Siempre, siempre hemos sido iguales. En el pueblo les gastábamos bromas a todo el mundo. Nos preguntaban siempre «eres tú o tu hermana».

MANOLO.- No puedo comprenderlo. No puedo. Es inadmisibile para mí que una mujer con tu mismo rostro, con tu misma figura, se ofrezca venal a los hombres que azarosamente pasan a su lado.

ADELA.- Pero qué voy a hacer. Yo no puedo cambiarla.

MANOLO.- Tal vez sea posible hacer algo aún. ¿Quieres que vaya a verla? Le diré quién soy...

ADELA.- Eso nunca, ¿lo oyes? ¡Jamás! Nunca hemos querido ni mi madre ni yo mezclarte a ti en eso. Es una historia demasiado cruel. Ni siquiera tú has de correr el riesgo de mezclarte en ella. Yo sólo quiero olvidar, olvidar. Casi lo había conseguido y, de repente...

MANOLO.- Entonces, ¿la hablarás tú...?

ADELA.- Fue ella misma quien eligió su destino. Me niego a sufrir con ella, a compartir la desdicha que ella se ha buscado. No hay razón para que sea una prostituta, ¡no la hay! Ha recibido la misma educación que yo, ha ido a la misma iglesia en el pueblo, al mismo colegio, ha tenido los mismos padres... Los mismos padres... **(Nuevo ataque de llanto.)** ¡Virgen santa!

MANOLO.- (Desolado.) No, eso no. No quiero que llores por una mujer que, aunque sea tu hermana, ha sido incapaz de seguir el ejemplo de sus padres y de una hermana como tú. Basta de llantos, amor mío, basta.

ADELA.- No quiero ser injusta con ella. Nunca ha tenido un hombre como tú. Si hubiese conocido a alguien así cuando el primer tropiezo...

MANOLO.- No, mi vida, no. Una mujer así no puede encontrar jamás un hombre honesto que la ame. En cambio, tú sí puedes. Me has escogido a mí, y bien sabes que eso me hace feliz y hasta me abruma por lo inmerecido de la elección. Muchos otros que se quedaron esperándote, pues a su vez ellos te habían escogido a ti. Como tú has dicho, ella misma buscó su destino. No eres tú quien debe sufrir la desdicha de otros.

(Abrázase la pareja en su desconsuelo, refugiándose en la adhesión conyugal. Mas el pensamiento de MANOLO vuela lejos y, en silencio, desgrana para sí un breve soliloquio.)

Quiero saber por qué me siento tan inquieto de repente. ¿Por solidaridad con mi afligida esposa, una santa que no merece sufrir la vergüenza que hasta ahora ha conseguido ocultar incluso ante mí? ¿O acaso es por la prohibición de hablar a mi descarriada cuñada, a quien tal vez podría hacer yo mucho bien? Ah, Dios mío, me parece mentira que una mujer exacta a Adela en lo físico pueda ser tan diferente en lo moral... Y que sea posible encontrarla a unas cuantas manzanas de aquí. Estoy inquieto, nervioso, desasosegado. ¿Por qué...?

VII

Acumúlense para el TERNERO los contratiempos, un aplastante valladar parece interponerse en el camino de su justa venganza. De nuevo sorprendemos un parlamento del TERNERO y el PASMOSO, sañudo el primero, ebrio el segundo -sospechamos que es su estado natural.

TERNERO.- ¡Que han huido a Madrid...!

PASMOSO.- Échales un galgo.

TERNERO.- Nada de galgo, cabrito. Lo mismo que has averiguado que está en Madrid, averiguarás dónde puedo encontrarla. Estoy dispuesto a todo.

PASMOSO.- Es peligroso, Ternero, muy peligroso. Si les das pasaporte y me relacionan con el caso, cómo lo voy a justificar. Es mejor denunciarlos y que los detengan.

TERNERO.- Sí, claro. Los detienen y acaban dándoles una medalla. No hay justicia. Un hombre como Jack, muerto como un perro. Un hombre que sólo quería limpiar de bazofia la ciudad. La mataré, la tengo que matar. Y a su chulo, también.

PASMOSO.- Recupera el resuello, Ternero...

TERNERO.- Lo recuperaré cuando los vea muertos. ¡Muertos!

PASMOSO.- ¡Qué manía, hay que joderse!

TERNERO.- Tú me prometiste que lo conseguirías, maldito embustero. A ver, ¿cómo marchan tus finanzas?

PASMOSO.- Muy mal, Ternero, muy mal...

TERNERO.- (Le entrega unos billetes al PASMOSO.)
¿Suficiente?

PASMOSO.- No es gran cosa...

TERNERO.- (Le entrega más dinero.) ¿Vale así?

PASMOSO.- (Se guarda los billetes.) Ternero, tú sabes que soy un amigo. Un amigo de verdad. Me enteraré de todo. Y vengaremos al pobre Jack. Con dos cojones.

TERNERO.- Tú te limitas a decirme dónde puedo encontrarlos. Que como no le vengue yo, estaría *apañao* el pobre, revolviéndose allá en su nicho de Montjuich.

PASMOSO.- De todo, Ternero. Te informaré de todo. Esta venganza va a ser *soná*.

TERNERO.- Nada de eso. Va a ser discreta, silenciosa, fría. Quien quiero que se entere es el muerto, mi amigo. Nadie más. No quiero publicidad, no quiero señalarme. Aunque ya no esté Jack conmigo, tengo una misión que cumplir.

PASMOSO.- ¡Y dale...!

VIII

Tenemos por fin oportunidad de penetrar en el Corazón Loco Club, local dudoso de carácter asequible. Nuestra invisible presencia sorprende un mostrador con un camarero, llamado SABINO EL DISCRETO, y un buen montón de chicas y clientes.

De las parejas que abigarran el club, nos fijamos en tres. Una de las parejas está acodada en el mostrador. Las otras dos, a sendas mesas. Coloquian.

Olvidábamos otro cliente, silencioso éste, sentado a otra mesa; es un muchacho, MONCHO SUZUKI.

Sorprenderemos charlas entre chicas y clientes. Ellos -un CHULETA con camisa negra muy abierta, un TÍMIDO DE OJOS SALTONES y un CALVO BONDADOSO-, fijos en la presa. Ellas -NURI CAMPANA, ROSI LA FLAI y LA

BAMBOLA-, errátiles las miradas, dispuestas siempre a algo mejor, más positivo que una comisión por copa o una plática de inseguro rendimiento. Mas ninguna de ellas debería preocuparse, es una buena noche, como atestiguará SABINO EL DISCRETO por la marcha de la caja.

EL CHULETA.- Me han dicho que eres voraz.

NURI CAMPANA.- A mí no me han dicho lo que tú eres, pero se te nota a la legua.

EL CHULETA.- Ojito con lo que dices.

NURI CAMPANA.- Y tú ojito con lo que haces.

EL CHULETA.- Soy buen cliente.

NURI CAMPANA.- Siempre has ido con otras.

EL CHULETA.- Porque eres arisca. Uno tiene su corazoncito.

NURI CAMPANA.- Y una su dignidad.

EL CHULETA.- A pesar de lo cual, me gustas.

NURI CAMPANA.- Pues entonces déjate de palique y vamos a lo nuestro.

EL CHULETA.- En qué condiciones.

NURI CAMPANA.- En las de siempre.

EL CHULETA.- Y cuáles son.

NURI CAMPANA.- Cinco más uno.

EL CHULETA.- ¿Talegos?

NURI CAMPANA.- No van a ser participaciones de Navidad. Pareces nuevo.

EL CHULETA.- Contigo lo soy.

NURI CAMPANA.- Te ha *costao* decidirte. Pues soy la mejor.

EL CHULETA.- Aún no me he decidido.

NURI CAMPANA.- Tú te lo pierdes.

EL CHULETA.- ¿Ves cómo eres? Quien se lo pierde eres tú.

NURI CAMPANA.- Invítame a una copa, por lo menos.

EL CHULETA.- ¿Y la dignidad?

NURI CAMPANA.- Me la dejé en mi pueblo.

EL CHULETA.- Ah, bueno. Podemos entendernos.

NURI CAMPANA.- Me han hablado bien de ti.

EL CHULETA.- Vaya. Quién.

NURI CAMPANA.- Una amiga. Y eso que ya no la quieres.

EL CHULETA.- ¿Dónde está?

NURI CAMPANA.- Trabaja en carretera. La dejaste tan desesperada que se ha *pasao* a los camioneros.

EL CHULETA.- Ya será menos.

NURI CAMPANA.- ¿Hace la copa?

EL CHULETA.- Hace.

(A una señal, raudamente, SABINO EL DISCRETO les sirve de beber. Siguen de palique. Pasamos a otra pareja, no sin antes detenernos en los comentarios de SABINO EL DISCRETO.)

SABINO EL DISCRETO.- Lo que es esta noche, se forra el dueño. Hoy vendemos lo que en un mes.

ROSI LA FLAI.- Anímate, prenda mía. Nunca te había visto por aquí.

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- Nunca había venido.

ROSI LA FLAI.- Se te nota a la legua que no eres de esos.

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- Claro que no lo soy.

ROSI LA FLAI.- Tú eres un señor. Si lo sabré yo.

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- Me gustas.

ROSI LA FLAI.- Eso también se nota.

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- En qué.

ROSI LA FLAI.- En que no parabas de mirarme.

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- Es verdad. Qué ojos tienes.

ROSI LA FLAI.- ¿Sólo los ojos?

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- Por algo hay que empezar.

ROSI LA FLAI.- Y además tienes gracia. ¿Por qué no nos vamos?

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- Dónde...

ROSI LA FLAI.- Es aquí mismo, a la vuelta.

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- No me atrevo.

ROSI LA FLAI.- Sí que te atreves. Yo te ayudo.

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- ¿Tomamos una copa antes?

ROSI LA FLAI.- Ahora mismo. Sabino...

(De nuevo sirve SABINO, con profesional diligencia.)

SABINO EL DISCRETO.- (Para sí.) Vaya caja, señores, vaya caja.

(SABINO contempla al solitario MONCHO SUZUKI, que no deja de mirar a la puerta. Sale SABINO del mostrador y se dirige a él.)

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- ¿Brindamos?

ROSI LA FLAI.- Por ti y por mí, que vamos a pasar un ratito que ni el imperio de los sentidos.

EL TÍMIDO DE OJOS SALTONES.- ¿Has visto esa película?

ROSI LA FLAI.- Yo no, pero me han dicho que no paran...

SABINO EL DISCRETO.- (A MONCHO SUZUKI.) Se te ha acabado la copa, Monchito.

MONCHO SUZUKI.- Pues estoy sin blanca.

SABINO EL DISCRETO.- Me lo dejas a deber. Vas a tener dinero pronto.

MONCHO SUZUKI.- Y tú qué sabes.

SABINO EL DISCRETO.- Tú bebe. Ya pagarás.

MONCHO SUZUKI.- Ni bebo ni pago. Lárgate.

SABINO EL DISCRETO.- A mí no se me trata así.

MONCHO SUZUKI.- Si no te vas, te rajo.

SABINO EL DISCRETO.- De esta te acuerdas, Monchito.

MONCHO SUZUKI.- Que te abras, mamón.

SABINO EL DISCRETO.- Está bien, está bien. Ríe mejor el que ríe el último.

MONCHO SUZUKI.- Si te rajo la *mui*, te va a doler el labio cuando te rías. ¡Humo!

(SABINO EL DISCRETO se retira, furioso, y vuelve tras el mostrador, a tiempo de que otra pareja solicite su servicio. LA BAMBOLA, angelical criatura cuya presencia en aquel lugar ofende la sensibilidad más aún que de ley y de ordinario, platica con un hombre maduro, de rostro bondadoso -aunque tal rasgo aparente no sea razón ni garantía en los tiempos que corren- y pronunciada calvicie.)

LA BAMBOLA.- (Que intenta llegar a ser abusona y desaprensiva como sus más expertas compañeras, fijas siempre en la comisión.) Sabino, pon lo mismo. Vamos a brindar por la familia de este caballero. (SABINO EL DISCRETO sirve sin hacerse esperar.)

EL CALVO BONDADOSO.- Pues tenía usted que verlos. La niña es preciosa. Con decirle, más alta que yo.

LA BAMBOLA.- ¿No lleva usted una foto?

EL CALVO BONDADOSO.- Sí que la llevo.

LA BAMBOLA.- Pues enséñemela, hombre, que quiero ver esa parejita tan guapa.

EL CALVO BONDADOSO.- De acuerdo, pero entonces... tenemos que tutearnos.

LA BAMBOLA.- Como quieras. Yo era por respeto.

EL CALVO BONDADOSO.- Estoy viejo, ¿verdad?

LA BAMBOLA.- Qué vas a estar viejo. Es que vas vestido como un señorón. Como lo que eres, quiero decir. A mí los señores me imponen mucho. Por aquí vienen pocos.

EL CALVO BONDADOSO.- (Le muestra unas fotografías.) Dime si no es preciosa.

LA BAMBOLA.- Sí que lo es. Y yo que creía que era pasión de padre. Si parece una de las que salen en la tele.

EL CALVO BONDADOSO.- No crea, no crea, que ya le han hecho proposiciones profesionales.

LA BAMBOLA.- Huy, tenga usted cuidado. Que así empezaron muchas que yo me sé.

(Ríen, muy animados. Miran otras fotografías.

SABINO sirve bebidas a otros clientes. Todos beben, brindan, ríen, trafican. Durante los diálogos siguientes, las tres parejas anteriores van saliendo, finalmente decididos, mientras otros clientes y chicas llegan al local o lo abandonan.

Entra CARMELA.)

CARMELA.- ¡Qué noche! Hoy no paro. Es que no paro.

(Al verla, se levanta MONCHO SUZUKI como un resorte y se dirige a ella. SABINO EL DISCRETO no los pierde de vista.)

MONCHO SUZUKI.- Adela, ¿sabes tú dónde anda el Okapi?

CARMELA.- ¿Y tú me lo preguntas? De trapicheo, quiero creer.

MONCHO SUZUKI.- Es urgente. Tenemos un golpe guapísimo.

CARMELA.- ¿Un golpe? Eso no me gusta nada. A ver dónde me lo vas a meter.

MONCHO SUZUKI.- *Tranqui*, Adela. Es fácil.

CARMELA.- A ver si era verdad lo de las cartas.

MONCHO SUZUKI.-¿Qué cartas?

CARMELA.- Cosas más, Monchito.

(**Entra un cliente, EL ARTISTA SEXAGENARIO, con pañolito garganero y pretensión de finolis. Pone cara de famoso en espera de ser reconocido.**)

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- Adela, pequeña. (Despectivo ante el aspecto de MONCHO SUZUKI, seguro de sí.) Perdón... ¿Interrumpo?

CARMELA.- Sí, a Dios gracias. (A MONCHO SUZUKI.) *Adeu*, y mucho ojo.

(**Garbosa, se agarra del brazo de EL ARTISTA SEXAGENARIO y lo conduce a otra mesa. SABINO EL DISCRETO, sin preguntar, sirve dos copas. MONCHO SUZUKI vuelve a su lugar de antes.**)

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- ¿Quién es ese?

CARMELA.- ¿Ese? El hijo del cura de mi pueblo.

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- ¿Nos vamos?

CARMELA.- ¿Dónde siempre?

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- A mi estudio. Dónde mejor.

CARMELA.- ¿Y como siempre?

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- Yo no me ando con chiquitas.

CARMELA.- No he *cenao* todavía.

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- Yo tampoco. Ya nos subirán algo de Lhardy.

CARMELA.- Siempre aciertas. Me estaba haciendo falta un caldito. ¿Y a ti?

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- A mí me haces falta tú. Por cierto, ¿hablaremos en francés?

CARMELA.- Y hasta en turco. Ya sabes que soy políglota.

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- Pues para luego es tarde.

CARMELA.- (A SABINO EL DISCRETO.) Ya no vuelvo esta noche. (El cliente deja un billete en la mesa que ocupaban. Las copas están intactas.)

SABINO EL DISCRETO.- (Mientras salen de escena CARMELA y EL ARTISTA SEXAGENARIO, se acerca a la mesa y retira el servicio y el billete.) Y además pagan sin consumir. ¡Vaya noche!

(Entra el OKAPI. MONCHO SUZUKI le ve.)

MONCHO SUZUKI.- Okapi.

OKAPI.- ¿Qué haces tú aquí? (Se sienta con él.)

MONCHO SUZUKI.- Urgente. Una bacalada *dabuten*.

OKAPI.- Me acojona, tronco. (SABINO EL DISCRETO le sirve una copa sin preguntar. Callan.)

MONCHO SUZUKI.- (Cuando se ha retirado el camarero.) ¿Sacas mucho en el trapicheo?

OKAPI.- Una miseria. Pero a la Adela le va bien. Se ha *follao* medio Madrid.

MONCHO SUZUKI.- Esto es guita. Mucha y fácil.

OKAPI.- ¿Cuántos somos?

MONCHO SUZUKI.- Cuatro. El Buey, Vanessa, tú y yo.

OKAPI.- *Demasiaos pa* repartir.

MONCHO SUZUKI.- Hay buena caja.

OKAPI.- Me acojona, leche. ¿Has visto a la Carmela... digo, a la Adela?

MONCHO SUZUKI.- Se ha abierto con un vejestorio.

OKAPI.- ¿El artista? Eso sí que es una pasta, y segurita.

MONCHO SUZUKI.- *Pa* pasta lo que vamos a sacar esta noche, *pringao*, que eres un *pringao*.

OKAPI.- ¿Buena caja?

MONCHO SUZUKI.- *Dabuten*.

OKAPI.- A ver si sale de una puta vez lo de las cartas.

MOCHO SUZUKI.- Otra vez. ¿Qué cartas?

OKAPI.- *Na*. Cosas más, Moncho, cosas más.

MOCHO SUZUKI.- Entonces, ¿no te rajas?

OKAPI.- ¿Rajarme yo? ¿Dónde es el golpe?

MONCHO SUZUKI.- ¿Sabes el Pub de la Princesa Tuerta?

IX

En muy distinto ambiente, asistimos a un enternecedor acontecimiento que concluirá en una idílica confusión.

Quirófano de una clínica maternal, con camilla y archiperres para dar a luz. Sobre una camilla, sola, revolviéndose, muy separadas las piernas, cubierto el vientre por una tela verde, ADELA lanza breves y discretos gemidos. Poco a poco, ADELA siente que se intensifican las contracciones hasta que le es evidente que no puede soportar más y que el suceso se precipita.

ADELA.- ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Que llega, que llega!

(Entra la MATRONA. Sus palabras se sobreponen al incesante quejido de ADELA.)

MATRONA.- A ver, a ver... ¡Pero si está para soltarlo! **(Se vuelve hacia el punto por donde entró.)** ¡Doctor, doctor...!

(Entra el DOCTOR. También su voz se añade al de las anteriores. La confusión se incrementa con ello.)

DOCTOR.- Deprisa, deprisa... La otra puede esperar. Esta se encuentra a punto.

(Entra MANOLO, dispuesto a participar en el alumbramiento en la medida de sus masculinas posibilidades.)

MANOLO.- Adela, mi vida, ¡por fin! **(Su voz -y su inquietud- se añade al ya nutrido barullo.)**

ADELA.- Manolo, mi vida, la mano, la mano...

MANOLO.- La respiración, Adela, la respiración, no olvides lo del parto sin dolor...

ADELA.- ¿Sin dolor...? ¡Maldita sea, sin dolor! ¡Ay, ay, que me muero!

(Danse las manos, cuenta MANOLO los segundos con su reloj de pulsera e intenta marcarle el compás a la desbordada primeriza.

Mientras tanto, el guirigay alcanza una primera culminación. En un momento dado aparece, extraído por las manos expertas del tocólogo, ayudado por los decididos empujones de la MATRONA, el cuerpo sanguinolento del recién nacido. Corta el DOCTOR el cordón que le une a ADELA y grita el bebé con desasosiego, furia y descontento.)

MANOLO.- Un niño, un niño, es un niño... Qué felicidad...

ADELA.- Ay, ay, que me muero... ¿Es guapo?

(El enmascarado tocólogo corta el cordón y se oye el
berrido de EL RECIÉN NACIDO.)

EL RECIÉN NACIDO.- *Gua, gua, guaaaaa...*

DOCTOR.- El bebé más guapo que he visto en mi vida,
señora.

**Precipitase la confusión por los enfáticos gestos de
nervioso alborozo por parte de MANOLO, de dolor y
forzada alegría de ADELA, comentarios indiferentes del
tocólogo, recomendaciones maternas -aunque a voz en
cuello- de la MATRONA y, claro está, interminables
berridos de EL RECIÉN NACIDO.**

X

**Nos trasladamos al estudio de EL ARTISTA
SEXAGENARIO, no muy lejano del degradado barrio
donde se ubica el Corazón Loco Club. Pero este interior
nos sugiere más apacible y privilegiada realidad. Es un
viejo piso con muebles antiguos, anaqueles llenos de libros
(aunque sólo ocasionalmente leídos), abundantes
fotografías con escenas de teatro y cine, bibelots valiosos o
ínfimos en abigarrada coexistencia de estilos y orígenes.**

**Llegamos a un dormitorio de pretendido refinamiento,
donde se encuentran, completamente desnudos,
CARMELA y EL ARTISTA SEXAGENARIO. En un sillón,
EL ARTISTA SEXAGENARIO parece recuperarse de una
insoslayable fatiga. CARMELA, en la cama, fuma un
cigarrillo. La sorprendemos en un momento en que parece
reprimir algo parecido a la indignación, y lo hace con
disimulada ironía.**

CARMELA.- ¿Otra vez? ¿Pero es que estás loco?

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- ¡Otra vez, sí, otra vez!
¡Tengo que demostrarlo!

CARMELA.- Pero ¿qué tienes que demostrar, hombre de Dios?

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- ¡Que es posible!

CARMELA.- Pues claro que es posible. Dos veces en esta noche, ¿te parece poco?

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- No te das cuenta, pero me estás llamando viejo. Dos veces, ¿qué son dos veces? Cuando yo era joven... **(Se detiene.)**

CARMELA.- No estás viejo, y tú lo sabes. Pero lo que no puede ser, no puede ser.

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- **(Excitado, jadeante.)**
Tiene que ser posible. ¡Tiene que serlo! Ayúdame.

CARMELA.- **(Para sí.)** ¡Qué cruz, madre mía!

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- ¡Adela! ¡Empieza otra vez!

CARMELA.- Te lo aconsejo por tu bien. No estás para esos trotes. ¿No te basta con dos veces a tu...? **(Se detiene, consternada por su falta de tacto.)**

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- ¿Lo ves? ¿Lo ves? **(El instinto de EL ARTISTA SEXAGENARIO le lleva a una teatralidad exagerada, convirtiendo, con truco, a la renuente CARMELA en público adicto.)** ¡Ah, maldición! ¡La edad, la maldita edad! ¡Contempla lo que ha sido de mí! A mi edad, me veo apartado de la política, reducido a un local de nada a pesar de ser el mejor, criticado, odiado, víctima de la envidia, de los enemigos... ¡Y encima, tú me niegas lo único que puede procurarme aún una exigua dosis de propia estimación!

CARMELA.- (Se levanta de la cama y se queda de pie frente a él, dispuesta a que no se saquen las cosas de quicio.)

Eh, para el carro, majo, que no quiero figurar yo entre esos enemigos tuyos. Parece mentira, si has *estao* en el machito toda la vida, fuera el que fuera el gobierno. Cuando yo nací ya eras más famoso que la Nuria esa.

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- ¡No me la mientes! ¡Es mi enemiga!

CARMELA.- ¿Sabes lo que te digo? Que vamos a lo nuestro. (Se coloca en cuclillas ante el sillón desde el que EL ARTISTA SEXAGENARIO entona su peán. Contempla las piernas de su pareja y suspira, resignada.) Haré lo que pueda.

EL ARTISTA SEXAGENARIO.- (Mientras CARMELA, durante un buen rato, hace lo que puede.) Adela... Adela... Adela...

(Varios «Adela» más y, de repente, el silencio. CARMELA insiste, no ha advertido el repentino callar de su cliente. Desalentada, cesa por fin en su empeño. Dispuesta a recibir las recriminaciones del parroquiano, levanta la mirada, se coloca la melena y se queda de rodillas ante él, erguido el delicioso tronco, don de diosa chipriota.)

CARMELA.- Que no puede ser. Y punto.

(Contempla el inanimado rostro de EL ARTISTA SEXAGENARIO.)

CARMELA.- ¿Será posible? ¡Pues no se ha *quedao* dormido el tío! ¡Esto no me ha *pasao* a mí en la vida!

(Se levanta y le sacude.)

Despierta. (De repente, se alarma, intuye lo que ha sucedido.) ¡Despierta!

(Le toma el pulso, intenta escuchar la respiración. Se convence de que ha muerto.)

¡Y ahora qué hago yo! (Mira por todas partes. Se lanza sobre su ropa, desperdigada por muebles y suelo. Se viste con desazonado apresuramiento.) Nadie me ha visto entrar aquí... Nadie me tiene que ver salir... ¡Ay, mi madre, qué sofoco! Pues este tío era un chollo, las cosas como son. Pero se acabó. Así es la vida. (Termina de vestirse. Se precipita a la puerta. Desde ella, se vuelve un instante hacia el cadáver. Le habla con sincero pesar.) Te voy a echar de menos, no te creas. (Va a salir, pero vuelve, olvida algo. Busca en la habitación. Descubre el bolso a los pies de la cama. Lo recoge con una prisa tal que casi pierde el equilibrio. Va a salir, pero el sillón con el muerto la hace detenerse. Lo mira.)

A un muerto... Eso sí que no me había *pasao* nunca. (Sin dejar de mirarlo, bordea el sillón por delante, temerosa y desazonada. Y desaparece definitivamente de allí.)

XI

El deteriorado, oscuro y frío rincón de la Red de San Luis. MANOLO se pregunta qué hace por aquellos aledaños del Corazón Loco, cuyas señas conoce por su propia esposa. Qué hace allí si ha prometido no contemplar ni alterar el descarrío de su cuñada, ignorar y, si fuera posible, olvidar que hay una mancha tal en tan irreprochable familia.

Renunciar a que se desvíe un curso demasiado fijo ya, ponderar imposible una redención por la vía de las palabras que invoquen conceptos tales como familia, amor, vergüenza, cariño, decencia, pecado, honor, sensatez...

Mas condúcenle sus pasos a la calle de tan dudoso renombre. Se encamina hacia allí y ya le asaltan presencias deprimentes. Aparta la vista, no responde a una invitación, desoye un reclamo...

Por fin, encuentra el empinado *via crucis*. Desde arriba, contempla la animación de la calle en estos días de frío y seco otoño mesetario. Mujeres, paseantes, curiosos, locales con neones multicolores. Se aventura. Desciende. De las puertas de los bares de alterne y cita surgen empleados desdentados que le animan a entrar. Pase usted, señor.

Lindas señoritas. Muy jóvenes. Caballero, lo puede comprobar usted mismo. No responde. No mira. Sólo parece atento a los rótulos de cada local. Tiembla. Puede tomarse por frío. De repente, lo ve.

Corazón Loco. Club. Un dibujo alusivo, una pareja de tebeo, sentada a cada uno de los lados de un corazón de naipe con la punta hacia arriba. La pareja está conversando, se diría. Cada uno de ellos lleva un vaso en una mano. Sonríen. ¿Comercian?

Renuncia MANOLO a glosar el motivo gráfico. Se vuelve. Camina unos pasos. Parece pensarlo mejor. Se detiene. Regresa en dirección al Corazón Loco Club. Contempla las opacas vidrieras, tras las que se sugiere parca iluminación selectiva y cortinajes carmesí. ¿Entrará? Está ante la puerta. Surge de ella un individuo de enteca hechura. Lleva en una mano una bolsa de desperdicios. Casi tropieza con MANOLO. Pero al verle, se aparta, respetuoso. Es SABINO EL DISCRETO, camarero del local, a quien ya conocemos y tal vez conozcamos mejor aún.

SABINO EL DISCRETO.- Pase, caballero, pase. Lo mejorcito de esta zona. Se lo garantizo.

(Sin transición, sin ocuparse de asegurar la presencia del cliente, SABINO lleva la bolsa de desperdicios a un enorme cubo rebosante estacionado en un escaso hueco entre dos automóviles. Regresa al local, sonrío a MANOLO, abre la puerta y se le queda mirando unos instantes.)

Anímese. Son unas niñas de película. De película. *Demasioo pa* esta zona.

(Desaparece SABINO tras la puerta, urgido su concurso por lo fecundo del día. Ha intentado MANOLO percibir algo del interior, mas nada ha visto. Sólo un cortinaje carmesí. Contempla aún la puerta, las vidrieras, las sugerencias que llegan de dentro. Se vuelve. Emprende el regreso. De repente, llama su atención el sonido de la puerta del Corazón Loco Club, que se abre. Gira la mirada. Surge de allí una pareja. Ella es la delicada hetaira llamada LA BAMBOLA, un rostro que turba el corazón para el que, sin embargo, no tiene ojos nuestro mirón. Se alejan LA BAMBOLA y su cliente. Decepcionado al no encontrar un rostro sabido, apresura MANOLO su definitivo regreso.

Dormirá solo. Ha sido padre hace unas horas. LA MADRE de Adela ha hecho doscientos kilómetros para estar con ella en tan importante momento. Y ha insistido en dormir junto a su hija, en la clínica, ahora que ambos la han convertido en abuela. Mañana le tocará a él.

¿Por qué, se pregunta, para qué he venido hasta aquí? Le gustaría tanto ayudar, consolar, redimir.)

XII

El Pub-discoteca de la Princesa Tuerta, local de muy distinta categoría que el Corazón Loco. Espejos, diseño, luces indirectas, decoración cuidada, altavoces repartidos con discreto criterio, diminuta pista de baile.

Un amplio mostrador con mullido, reluciente y aparatoso capitoné. Tras él, un CAMARERO con patente peluquín. Otro CAMARERO, notoriamente afeminado, sirve las mesas.

El OKAPI y el BUEY DE MAR, en un rincón, beben en silencio y observan disimuladamente a los demás.

Tres parejas en cada una de las diversas mesas. La primera pareja está formada por un CABALLERO MADURO PREOCUPADO y por una MUCHACHA MORDAZ. La segunda, por un CABALLERO MADURO CONTENTO y una MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA. La tercera la forman MONCHO SUZUKI y VANESSA CADERAS, una joven opulenta. Estos últimos observan también a los demás y hacen comentarios inaudibles.

Es una hora tardía, ya tendrían que haber cerrado. Pero en un local de este nivel puede darse la consigna de concederle sucesivas treguas a clientes retrasados.

EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.- Hay que ver. Con lo tarde que es y no tienen ganas de irse.

EL CAMARERO AFEMINADO.- Qué asco. Son pesadísimos.

EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.- Así no compensa. Tú echa cuentas. ¿A cómo nos sale la hora?

EL CAMARERO AFEMINADO.- Qué ganas tengo de quitarme la chaqueta.

EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.- Y yo la cabellera.

EL CABALLERO PREOCUPADO.- Es muy tarde. ¿Nos vamos ya?

LA MUCHACHA MORDAZ.- Pues mira tú. A mí me apetece otra copa.

EL CABALLERO PREOCUPADO.- ¿Pero es que no hemos bebido ya bastante?

LA MUCHACHA MORDAZ.- ¿Sabes? Me parece que tienes miedo de llegar tarde a casa, no sea que tu mujer no te deje salir otro día.

EL CABALLERO PREOCUPADO.- (Forzadamente decidido, al CAMARERO AFEMINADO.) Camarero: dos *gin tonics*.

EL CAMARERO AFEMINADO.- (Resignado, al CAMARERO DEL PELUQUÍN.) Lo que es hoy nos dan las uvas.

EL CABALLERO PREOCUPADO.- ¿Te has *enterao*?
¿A quién le tengo yo miedo?

LA MUCHACHA MORDAZ.- A esa que lleva un anillo
con una fecha por dentro.

EL CABALLERO PREOCUPADO.- Estás muy
equivocada conmigo. Yo no le tengo miedo a nadie. Pero trabajo
mucho, y muy duro. Y tengo que madrugar.

LA MUCHACHA MORDAZ.- Pues vamos a dormir a un
hotel.

EL CABALLERO PREOCUPADO.- Pero tú estás loca
o qué.

(EL CAMARERO DEL PELUQUÍN, con aire de fastidio, va
sirviendo la comanda y EL CAMARERO AFEMINADO
ordena las copas en la bandeja.)

EL CABALLERO CONTENTO.- Estoy preocupado por
ti, pequeña. ¿No será demasiado tarde para que andemos por
ahí?

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA.- No,
no creas. Mis papás saben de sobra que contigo estoy segura.

EL CABALLERO CONTENTO.- ¿No les molesta que
salgas con un hombre como yo?

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA.-
¿Cómo va a molestarles? Te aprecian mucho.

EL CABALLERO CONTENTO.- Pero si no me
conocen.

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA.- Les
he hablado tanto de ti.

EL CABALLERO CONTENTO.- A mí no me importa
la hora. Ni siquiera tengo que madrugar mañana. Lo digo por ti.
¿Sabes qué hora es?

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA.- No
lo sé. Mira el *rólex* y dímelo tú.

EL CABALLERO CONTENTO.- ¿Te gusta el reloj?

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA.- Sí, pero no entiendo mucho de marcas.

EL CABALLERO CONTENTO.- Tú tendrás otro muy pronto.

EL CAMARERO AFEMINADO.- (Sirve las copas a EL CABALLERO PREOCUPADO y a LA MUCHACHA MORDAZ.) Lo que es hoy, nos dan las uvas. (Se retira hacia el mostrador.)

LA MUCHACHA MORDAZ.- (Señala al OKAPI y al BUEY DE MAR.) No me gustan nada esos tipos. No paran de mirar.

EL CABALLERO PREOCUPADO.- Ya me había fijado. Eso es que les gustas. No me extraña. Además, están sin pareja.

LA MUCHACHA MORDAZ.- Tienen muy mala pinta.

EL CABALLERO PREOCUPADO.- Tendríamos que habernos ido.

LA MUCHACHA MORDAZ.- Vete tú si quieres, pero no vuelvas a darme el coñazo, ¿estamos?

(Durante el diálogo anterior, ha salido MONCHO SUZUKI bordeando el mostrador. VANESSA CADERAS ha quedado sola ante la mesa. Todos están a lo suyo. Conversan. No les prestamos atención. Regresa MONCHO SUZUKI.)

MONCHO SUZUKI.- (A VANESSA CADERAS.) Todo en orden. Nadie en los lavabos.

(Les hace una señal al BUEY DE MAR y al OKAPI. Los cuatro sacan sus armas. MONCHO SUZUKI, una gran faca; los otros, pistolas pequeñas. Los acontecimientos siguientes son vertiginosos, las frases y exclamaciones se sobrepone unas a otras. Gritos y quejas de las víctimas.)

BUEY DE MAR.- (Se abalanza sobre EL CAMARERO AFEMINADO y lo golpea.) ¡Quieto tú!

OKAPI.- (A EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.) ¡Sal de ahí, vamos!

MONCHO SUZUKI.- (Golpea a EL CABALLERO PREOCUPADO.) ¡Quietos todos!

VANESSA CADERAS.- (A EL CABALLERO CONTENTO.) ¡A ver! ¡El *peluco*!

(Estupor. Confusión. EL CAMARERO DEL PELUQUÍN abandona el mostrador. EL CAMARERO AFEMINADO y EL CABALLERO PREOCUPADO se reponen de los golpes recibidos. EL CABALLERO CONTENTO se despoja de su reloj y se lo entrega a VANESSA CADERAS.)

BUEY DE MAR.- Se estén todos quietecitos y saquen la música, ¡vamos!

EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.- (Quejumbroso.) Nosotros estamos trabajando. Ya tenéis a los clientes.

BUEY DE MAR.- También nosotros estamos trabajando, colega, ¿qué te has creído? Trae la caja. Enterita.

(EL CAMARERO DEL PELUQUÍN, muerto de miedo, va de nuevo tras el mostrador, vigilado por el BUEY DE MAR.)

OKAPI.- (Hace la ronda de los clientes.) Las cadenas, las carteritas, los *pelucos*...

(Las dos parejas lo entregan todo.)

VANESSA CADERAS.- (A MONCHO SUZUKI.) A ver esas dos. Tienen más cadenas en el cuello.

MONCHO SUZUKI.- (Le arranca las cadenas a las chicas.) Me estáis tomando el pelo y eso no me gusta, nenas. A ver si os voy a tener que pegar en el culo.

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA.- (Grita.) ¡Ah! ¡Sangre! ¡Estoy sangrando!

LA MUCHACHA MORDAZ.- (Grita.) ¡Ah! ¡Yo también!

EL CABALLERO PREOCUPADO.- ¡Yo tengo sangre en las manos!

EL CABALLERO CONTENTO.- ¡Yo también!

MONCHO SUZUKI.- (Se mira la mano.) Maldita sea. Los nervios. Me he *cortao* con la faca.

BUEY DE MAR.- (Recibe la recaudación de EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.) ¿Seguro que es todo?

EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.- (Temblando.) Es todo, se lo juro a usted, es todo. Yo no soy el dueño, ¿comprende?

BUEY DE MAR.- A ver, el tabaco. (Introduce el dinero en un maletín.)

OKAPI.- (Que ha recogido todo lo sustraído a los clientes y a los propios camareros, lo mete en el maletín del BUEY DE MAR y se queda con él.) ¿Nos abrimos?

BUEY DE MAR.- (Que espera el tabaco de EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.) Pues claro.

(El OKAPI se dirige a la puerta. Mientras los otros siguen a lo suyo, él ve algo fuera y tiene un instante de alarma, pero se repone en el acto y se oculta.)

EL CAMARERO DEL PELUQUÍN.- El tabaco.

BUEY DE MAR.- No hace falta tanto. Te puedes quedar con el negro.

VANESSA CADERAS.- (Que, como los otros, excepto el oculto OKAPI, no deja de apuntar amenazadoramente a las víctimas.) Y ahora, al sótano.

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA.-
¡Qué nos van a hacer! ¡Qué nos van a hacer!

EL CABALLERO CONTENTO.- No tengas miedo. Ahora nos encierran abajo, se marchan y nos dejan.

BUEY DE MAR.- (A EL CABALLERO CONTENTO.)
Mírale qué chulo. (Le pone la pistola en la cabeza.) Una palabra más y te dejo seco.

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA.-
Dejadlo, por favor. Dejadlo.

VANESSA CADERAS.- Cállate, gilipollas. ¿No ves que le vas a poner nervioso y se va a cargar a tu chico?

BUEY DE MAR.- (A los CAMAREROS.) ¡Se puede saber quién coño tiene la llave del sótano!

EL CAMARERO AFEMINADO.- Sí, sí... Yo... yo la tengo.

BUEY DE MAR.- ¡A qué esperas!

(Saca el tembloroso CAMARERO AFEMINADO la llave y se la tiende al BUEY DE MAR. En ese momento irrumpen, con inaudita rapidez aunque no sin estropicio, tres policías. Estupor de la concurrencia, lo mismo víctima que verdugo, que por el momento ni siquiera se convierte en expectativa -y menos aún, pobres, en esperanza.)

POLICÍA 1.- Venga, muchachos. Se acabó la juerga.

POLICÍA 2.- Fuera armas. Las pistolitas, al suelo.

MONCHO SUZUKI.- ¡Maldita sea! ¡Nos han vendido! ¡Ha sido Sabinito, el del Corazón Loco.

POLICÍA 3.- Tú sabes mucho, pipiolo.

(Extrae las esposas y se dirige a MONCHO SUZUKI.)

MONCHO SUZUKI.- (Le clava la faca al POLICÍA 3 según viene hacia él.) ¡Demasiado para ti, madero cabrón!

(Tan inesperado lance da la señal del comienzo de un tiroteo. El primero que cae es el vehemente MONCHO SUZUKI. Gran confusión. Los policías disparan contra el BUEY DE MAR y VANESSA CADERAS, que disparan a su vez intentando parapetarse tras los clientes y los camareros. Los heridos de uno y otro bando no cesan aunque sean rozados por una balita de nada. Se recuperan y siguen disparando. En medio de las dos trincheras van falleciendo los infortunados clientes y los simpáticos camareros que tanto deseaban retirarse a sus respectivos domicilios. Al final del tiroteo, todos -clientes, camareros, ladrones, policías- están en el suelo. Sobreviene entonces un silencio, una pausa que le permite al OKAPI, a resguardo hasta entonces, salir de su escondite. Al cabo de unos segundos, pues, surge el OKAPI, que desde luego aún lleva el maletín consigo. Empuña un revólver.)

OKAPI.- ¡Qué carnicería! Lo que es yo, ahora sí que me abro.

(Entre los cuerpos caídos intenta incorporarse VANESSA CADERAS, malherida.)

VANESSA CADERAS.- Okapi... Ayúdame... Me han *dao* en la barriga...

OKAPI.- Pobrecita. Estás malherida. No puedo consentir que sufras tanto. (**Dispara sobre la cabeza de VANESSA CADERAS.**) Criaturita... Ha sido mejor para ti. (**Y aún le queda al muchacho un instante para reflexionar.**) En cuanto llegue a casita, le devuelvo la pipa a la Carmelilla. (**Mas sus reflexiones se tornan progresivamente profundas, filosofía natural de una especie de buen salvaje que reconoce lo intrincado de los recovecos del destino.**) Preciso es reconocer que la providencia, tal como sermoneaba un buen cura allá en mi pueblo, vela por nosotros. Por algunos, hay que decir, que lo que es por esos... Este maletín no podía hacernos felices a todos. Ya se lo decía yo al Monchito, que en paz descanse. Pero sí tiene lo suficiente para ponerme un poco contento a mí solo.

Será esto lo que me tenía prometido la brujita catalana que me echó las cartas. Cuántas cosas no diría el buen cura aquél de un azar del destino tan *demasiao* como éste. Don Florentino, que nos metía la doctrina a pellizcos. Si viviese todavía, le mandaría una limosnita, que hay que ser generosos con lo que da la suerte. Quién me lo iba a decir a mí. Ni a pensarlo me hubiese atrevido. Y ahora, emprendo el vuelo, que estará al caer más pasma.

**Echa a correr el OKAPI como alma que lleva el diablo.
Queda atrás un montoncillo humeante de cadáveres
desparramados.**

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO II

XIII

Al día siguiente. Regresamos al Corazón Loco Club, aunque es preciso advertir que, en esta ocasión, se trata de un día no muy allá. ¿Será un día de fútbol? ¿Será la recesión, que tanto afecta -y tan repentinamente- a las actividades que no son de primera necesidad? Mas sobre tal categoría de esta rama del comercio habría división de opiniones si llegara a plantearse discusión.

Tres pequeñas mesas aparecen ocupadas, cada una por una muchacha, sola, sin pretendiente. Son CARMELA, ROSI LA FLAI y NURI CAMPANA, reflexivas. Tras el mostrador, quejoso, SABINO EL DISCRETO, el mismo camarero de antes. No hay ningún cliente. SABINO EL DISCRETO, tras el mostrador, lava vasos, los seca, prepara botellas, canturrea sardónico y no para de murmurar quejas.

ROSI LA FLAI.- A estas horas, y aún no ha caído ningún feligrés.

CARMELA.- Qué le vas a hacer. Esta profesión depende demasiado de la coyuntura.

ROSI LA FLAI.- Pero si ya me lo tenían *avisao*. Que esto de la vida alegre es muy difícil. Para sacar un puto talego, casi te tienes que doctorar.

NURI CAMPANA.- Y tú no te puedes quejar, Rosi. Adela y yo lo tenemos más crudo. Vamos de taxis. Y nos bailan a conciencia.

CARMELA.- Eso será a ti. A mí no me baila ni San Pedro. Yo no necesito protector.

NURI CAMPANA.- ¿Ah, sí? ¿Y el Okapi qué es, un admirador?

CARMELA.- El Okapi es un cielo, pero quien protege aquí soy yo, vete enterando, *pasmá*.

NURI CAMPANA.- Y qué más da, no te jode. Tú proteges y encima le sueltas los cuartos. Es lo que yo digo, *pa* la música siempre hay algún protector.

CARMELA.- Mi música me la gano con mi sudor y se la doy a quien quiero y cuando quiero.

NURI CAMPANA.- ¿Y el día que no quieras...?

CARMELA.- El día que no quiera, pues puerta. Eso es lo que tú no puedes hacer con el tuyo, pequeña, que te tiene en un puño.

ROSI LA FLAI.- A ver, a ver, haya paz, que os veo venir. Si es que lo peor que hay es no tener *na* que hacer. En seguida os da por discutir. Maldita crisis. Pues lo que es hoy, necesito lo menos diez lechugas.

CARMELA.- Por cierto, ¿es que hoy no viene la Bambola?

ROSI LA FLAI.- Esa es la única que hoy va a sacar algo en limpio. La han *llamao* por teléfono para un servicio.

CARMELA.- ¿Desde cuándo se atiende por teléfono en el Corazón Loco?

ROSI LA FLAI.- (A SABINO.) Cuéntaselo tú, Sabino.

SABINO EL DISCRETO.- Muy fácil. Ha llamado la *señá* Venancia, la que alquila el apartamento de San Bernardo, y ha *preguntao* por la jovencilla. Qué jovencilla, le digo, aquí todas son jovencillas. Una que acaba de llegar de Barcelona, me pide. Ya sé, le digo, esa es la Bambola. Y se la mando para allá. No hay que fiarse *demasiao* del método telefónico, pero la *señá* Venancia es de ley.

CARMELA.- (Repentinamente en guardia.) A ver, Sabino, repite eso. ¿Desde cuándo acaba de llegar la Bambola de Barcelona?

ROSI LA FLAI.- (Ríe.) Has metido la gamba, Sabino. La que ha venido de Barcelona es Carmela. La Bambola es de la UVA.

NURI CAMPANA.- (Contenta, en el fondo, y sin disimularlo demasiado, de todas formas.) Sabino, hay que ver, le has *pisao* un cliente a la Adela. Eso no se hace.

SABINO EL DISCRETO.- (Finge una consternación que no siente en modo alguno.) ¡Ahí va! ¡Qué cabeza la mía! Perdóname, hija mía, ya sabes tú que yo por ti hago lo que sea. ¿Cómo iba yo a quitarte ningún cliente a sabiendas?

CARMELA.- (Que no quiere mostrar su ira para no concederle un gustazo superior aún a la odiada NURI CAMPANA.) Bueno, bueno, no hay que darle importancia. Cuando han *llamao* yo no estaba aquí y se han *llevao* a otra. Y ya está. Hoy por ti, mañana por mí. Además, no me gusta el teléfono, prefiero el método antiguo. Verle la jeta al feligrés, adivinar de qué pie cojea, oírle y verle para saber qué oculta, qué teme, qué es lo que desea de veras y no se atreve a pedirlo. No me fío de una voz. Yo no hubiera ido a esa cita. La *señá* Venancia será de ley, pero qué sabemos nosotras de la ley de sus huéspedes.

ROSI LA FLAI.- Está *to mu* difícil, leche. No es el momento de hacerle ascos a los métodos modernos. Hay que ponerse al día. Ahora es el teléfono, mañana será la televisión por cable. Todo es bueno para estimular la demanda, como dice uno de mis clientes más finolis.

NURI CAMPANA.- (Descuídase y relaja fugazmente su conciencia, dejando escapar un sentimiento.) Estímulo, joder. Si es que hay no estímulo. Lo digo por mí, que conste. Llega un matraco, le saco la guita, me abro, ¿y luego qué? Pues que llega mi Eusebio de inspector de hacienda.

CARMELA.- (Lánzase voraz sobre tan inesperada ocasión.) ¿Ves? Lo que yo digo. Cada cual tiene su cruz. Más te valiera ir de *friláns*.

NURI CAMPANA.- Eso no sé lo que es, pero me lo imagino. Rosi, bonita, ¿te importaría decirle a Adela que no necesito sus consejos?

ROSI LA FLAI.- ¿Y por qué no se lo dices tú?

NURI CAMPANA.- Porque luego me acusas de armar bronca.

ROSI LA FLAI.- *Jodía* crisis.

CARMELA.- Y no sólo la crisis, leche. Las enfermedades, las ladillas, las purgaciones, la sífilis, el sida. Si lo menos que te pegan es una gripe, joder. No tendría que quejarme, porque no me ha ido mal, pero esta profesión se las trae.

ROSI LA FLAI.- Y no te olvides de la *pasma*. Vienen con su mala leche, sin avisar, y a veces con el concejal del distrito hecho un basilisco. Te meten en la lechera o en lo que traigan, te *entrullan* en la *gobi* y te han *buscao* la ruina.

CARMELA Y NURI CAMPANA.- (Simultáneamente.)
Por menos de *na*. (Esta coincidencia de voz y criterio les hace mucha gracia. Ríen las tres.)

ROSI LA FLAI.- Lo que es yo, no voy a durar mucho.

CARMELA.- ¿Te vas a tirar al viaducto?

ROSI LA FLAI.- No me voy a tirar a nadie, que no es lo mismo.

(Ríen de nuevo las tres. De repente, milagro. Entra un cliente, MANU EL ESPIGADO. CARMELA y las tres chicas parecen conversar, pero están atentas al recién llegado, que se acerca al mostrador. Se acoda, contempla a las muchachas y, chulesco, le pide a SABINO una consumición.)

MANU EL ESPIGADO.- (Mira fijo a las chicas, jaque y sonriente. Pide, rotundo.) Un machaquito.

ROSI LA FLAI.- (También fija en él, con la expectativa de la rotundidad.) ¡Olé los hombres!

(SABINO EL DISCRETO sirve con diligencia.)

MANU EL ESPIGADO.- Olé las *jais* de generoso busto.

(Toma su copa y se acerca hasta la mesa donde está ROSI LA FLAI. Se detiene, mirándola desde arriba, con idéntico gesto.)

ROSI LA FLAI.- (Que permanece sentada.) Siéntate. Me va a doler el cuello si te sigo mirando. Anda, que no eres alto...

MANU EL ESPIGADO.- (Se sienta frente a ella.) Anda, que no estás buena...

ROSI LA FLAI.- Cuál es tu gracia.

MANU EL ESPIGADO.- Me dicen Manu, el espigado.

ROSI LA FLAI.- ¿Es apodo inventado?

MANU EL ESPIGADO.- Por estas.

(Siguen conversando. CARMELA y NURI CAMPANA se repasan los labios. Entra MANOLO, inquieto e inseguro. Mira a todas partes. No parece reconocer a CARMELA.)

SABINO.- Qué tomará el señor.

MANOLO.- ¿Cómo...? No sé, no sé...

SABINO.- ¿Un machaquito?

MANOLO.- Lo que usted diga.

CARMELA.- ¿Has visto a ese? Un panoli. Lo asalto. **(Se levanta.)**

NURI CAMPANA.- La que no corre, vuela. Qué dos ansiosas.

CARMELA.- (Va por detrás de MANOLO, que sigue mirando a todas partes, y le toca el hombro.) ¿Me buscas a mí?

MANOLO.- (Se vuelve. Estupor.) ¡No puede ser!

CARMELA.- ¿Te asustas o te asombras?

MANOLO.- Las dos cosas... ¡Es increíble, increíble...!

CARMELA.- Ya sé que estoy buena, pero no hay que ponerse así.

MANOLO.- Era cierto. No lo podía creer.

CARMELA.- Me alegro de que te hayan hablado bien de mí. ¿Me invitas a una copa? (A SABINO.) Un güisqui.

SABINO.- Volando. (Sirve.)

CARMELA.- Ven a mi mesa. Tenemos que hablar. Me llamo Adela, ¿y tú?

MANOLO.- ¡Que te llamas... Adela!

CARMELA.- Adelita, como la de la canción. ¿Cómo te llamas tú?

MANOLO.- Me llamo Ma... (A punto de denunciar su identidad, rectifica con impensable acierto.) Mariano.

CARMELA.- (Se lleva las copas de ambos.) Ven conmigo, Mariano.

(MANOLO la sigue hasta la mesa en que se encontraba ella antes. Se sientan ambos, frente a frente. Ella le entrega la copa de anís e insinúan un brindis.)

Por ti. (Bebe.)

MANOLO.- (Con la copa en suspenso, algo alelado aún.) Adela... Adela...

CARMELA.- ¿Te gusta cómo me llamo, mi amor? Eh, tienes que beber, si no, trae mala suerte.

MANOLO.- (Bebe todo el contenido de la copa de un solo trago. Exaltado.) ¡Ah! Tenemos que hablar, decías. Sí, tenemos mucho que hablar. (Conversan.)

NURI CAMPANA.- (Se levanta.) Vaya espabilo. Me han dejao a dos velas. Y hoy no tiene pinta de que haya movida. Lo que es yo, me abro. Total, pa perder el tiempo. (A SABINO EL DISCRETO.) Hasta mañana, Sabino, dile a mis fans que hoy no cuenten conmigo.

SABINO EL DISCRETO.- Se va lo mejorcito de esta casa, hay que joderse. Nuri, pequeña, si tú quisieras...

NURI CAMPANA.- Tú a lo tuyo, Sabino, que yo seré una panoli, pero no curro gratis. **(Sale.)**

ROSI LA FLAI.- **(A MANU EL ESPIGADO.)** Tienes un piquito de oro.

MANU EL ESPIGADO.- Soy hombre de palabra.

ROSI LA FLAI.- ¿Y de hechos?

MANU EL ESPIGADO.- No hay teoría sin práctica.

ROSI LA FLAI.- Qué cultiparlo. Pero sí que la hay. No será tu caso.

MANU EL ESPIGADO.- No lo es. ¿Lo comprobamos?

ROSI LA FLAI.- No pienso en otra cosa. Además, estoy de oferta.

MANU EL ESPIGADO.- No digas eso, criatura privilegiada, que yo sé distinguir muy bien el artículo de lujo de las rebajas de enero.

ROSI LA FLAI.- Entonces, vamos.

MANU EL ESPIGADO.- **(Apura su copa.)** Vamos.

(MANU EL ESPIGADO deja unos billetes sobre la mesa. Se levantan ambos y desaparecen definitivamente de nuestras vidas. SABINO acude raudo por los billetes, se los guarda y se coloca de nuevo tras el mostrador.)

MANOLO.- **(A CARMELA.)** He venido a buscarte desde otro mundo. Y ahora te he encontrado por fin. No doy crédito, estoy anonadado. He perdido la poca seguridad que tenía.

CARMELA.- Ten calma, cielo mío, que si no me lo tomas a mal te doy a dar un consejo. No alabes tanto mi mercancía, eso tendría que hacerlo yo. Si eres nuevo, que no se te note, cualquiera menos seria que yo te podría cobrar doble tarifa.

MANOLO.- Me asalta la desazón, me quiebra la duda.

CARMELA.- ¿La duda? Venga ya de dudas. Te digo lo que un cuplé que cantaba mi madre.

Tú tranquilo, Mariano,
que en un ratito,
esas dudas que tienes
yo te las quito.

MANOLO.- Sí, sí, el cuplé. Conozco ese cuplé.

CARMELA.- Me extraña. Lo escribió un rijoso de mi pueblo.

MANOLO.- De tu pueblo, claro... (**Advierte que puede delatarse y recoge velas.**) No, no, llevas razón. Me debo haber confundido con otra copla.

(Silencio. **Él la mira fijamente, agitado, conmovido, impresionado, temeroso.**)

CARMELA.- Pero bueno, ¿es que te ha dado un aire?

MANOLO.- (**Se exalta.**) Adela, puedo jurarte que yo he vivido en esos ojos, que yo he frecuentado esa boca, que he recorrido esos brazos...

CARMELA.- Despacio, poeta. Habrá sido en sueños. Pero ahora tienes la oportunidad de que todo sea tuyo. Todo. Decídetelo y vamos.

MANOLO.- Dios míos, es un amor prohibido que me aterra y me envenena.

CARMELA.- Vamos a acariciarnos un rato. Déjate de miedos y de venenos. Cómo se nota que eres nuevo. Pero no voy a abusar de ti, de ninguna manera, sería yo una mal nacida. Anímate, Mariano.

MANOLO.- No, ya no puedo negarme. Tendré que seguirte donde me quieras llevar.

(**Cree ella que es el momento de marcharse con él y se levanta, pero MANOLO no se mueve del sitio.**)

CARMELA.- Pero bueno, Mariano, ¿te decides o qué? Mira, toca, toca esta piel, que es como la seda.

MANOLO.- Me trastornas, me enajenas.

CARMELA.- Vamos a pasar un rato como en tu vida.

MANOLO.- Qué habré de pagar a cambio de la dicha.

CARMELA.- Son sólo cinco talegos si la faena es normal. Si nos pasamos, por ser tú te haré un precio.

MANOLO.- No puedo olvidar a la otra cuando la miro a ella.

CARMELA.- Con una propina de nada, acabas alucinando.

MANOLO.- Sea, pues, estoy resuelto. Llévame contigo y dame a probar el sabor agridulce del amor prohibido.

CARMELA.- Te advierto que nadie se ha arrepentido nunca de venir conmigo. Puedes preguntárselo al camarero. (**A SABINO EL DISCRETO.**) A ver Sabino, informa a este caballero. ¿Ha habido alguna queja en este establecimiento con la Adela?

SABINO EL DISCRETO.- ¿Con Adela? Nunca, lo que se dice nunca. Adela es lo mejorcito que hay en esta casa. Ah, si tú quisieras, Adela mía.

CARMELA.- ¿Te has *enterao*, Mariano?

MANOLO.- (**Se levanta, sacando fuerzas de flaqueza, improvisando osadía.**) Está bien, fuera dudas. Debo recuperar el tiempo perdido. Llévame contigo.

CARMELA.- Conmigo vas a recuperar el tiempo y hasta el espacio. No se puede ir de soñador siempre, Mariano. A los sueños hay que darles cuerpo, vida, alegría.

MANOLO.- Sí, llévame donde pueda soñar despierto, dame felicidad.

CARMELA.- Así me gusta. Hala, a soñar.

MANOLO.- Voy en busca de la dicha.

CARMELA.- Yo la tengo. Por un precio discreto, te doy dicha. Por una propina, además, te doy felicidad.

MANOLO.- (**Agitado.**) ¿Nos vamos?

CARMELA.- ¿Tienes prisa, eh? Eres un cielo. ¿Cómo va a ser la faena?

MANOLO.- ¿La faena?

CARMELA.- Sí, hombre. La faena. ¿Cortita o de las buenas?

MANOLO.- Yo... no sé.

CARMELA.- Cortita son cinco talegos. Pero no merece la pena. Si tienes quince, nos quedamos toda la tarde. Mariano, te juro que alucinas. ¿De acuerdo?

MANOLO.- Lo... lo que tú digas... Adela.

CARMELA.- Entonces hoy me despido de aquí, ¿de acuerdo? Dame el dinero y así lo tenemos todo *arreglao* desde el principio.

MANOLO.- (**Echa mano a la cartera.**) ¿Quince mil?

CARMELA.- Una miseria. Porque me has caído bien. Pero por un par de horas llevo normalmente veinticinco. Es que me gustas, ¿sabes? Tú eres un señor, de los que ya no hay.

MANOLO.- (**Le entrega el dinero a CARMELA.**) ¿Está bien así?

CARMELA.- Me fío tanto de ti, que ni lo cuento. A buenas horas iba a fiarme de nadie. Pero es que tú eres distinto, pichón. Estoy deseando verte en cueros, Mariano. Cómo nos lo vamos a pasar.

MANOLO.- ¿De veras?

CARMELA.- Garantizado. Adela tiene etiqueta de garantía. Soy de diseño. ¿Estás más calmado?

MANOLO.- Algo inquieto.

CARMELA.- Pues sígueme tranquilo.

MANOLO.- No es posible el sosiego. Tal vez sí la dicha.

CARMELA.- Hacía tiempo que no me caía un poeta.

MANOLO.- Hacía mucho más que yo había olvidado dónde tenía el corazón.

CARMELA.- Hoy vas a recuperar todas las memorias.

MANOLO.- Todas, no. Hay cosas que quiero olvidar siquiera un momento.

CARMELA.- De eso me encargo yo, no hay que preocuparse. ¿Vamos?

MANOLO.- Vamos.

CARMELA.- (A SABINO EL DISCRETO.) Sabino, hasta mañana. (Mira a MANOLO con arrobo y, virtuosa de su propia faena, le hace a SABINO un guiño cómplice.) O hasta cuando sea, que a lo mejor mi amigo no me deja volver.

SABINO.- Adelita, sin ti no voy a tener más remedio que cerrar.

(CARMELA se despide de SABINO con significativo gesto.
Vanse CARMELA y MANOLO, camino del error.)

XIV

Interesados por la enigmática llamada telefónica al Corazón Loco, en la que una SEÑÁ VENANCIA solicitaba la presencia de cierta joven venida de Barcelona, acudimos al pisillo que la susodicha, viuda menesterosa que no posee más bien que aquellas paredes -y ya puede darse con un canto en los dientes la buena mujer-, se ve obligada a alquilar con vistas al redondeo de una mísera pensión. Penetramos en el cuarto destinado a citas de raudo goce. Evitamos -son innecesarias- sugerencias de sordidez.

Sentado en una cama que, junto a una silla y una ínfima mesita de noche, es el único mobiliario del cuarto, el TERNERO aguarda impaciente. Lleva puesta una gabardina, come pipas de girasol y arroja las cáscaras al suelo.

TERNERO.- ¡Maldición! Me voy a pudrir de tanto esperar. ¿No se habrá *maliciao* algo con eso de Barcelona...? ¡Qué torpeza! Pero no. No hablará. Por la cuenta que le tiene. Aunque... Si lo ha *cazao* al vuelo, va a poner pies en polvorosa otra vez. ¡Se me va a escapar, la muy zorra!

(Penetra en el cuarto LA SEÑÁ VENANCIA, viejita tímida y encorvada. Trae una copa de coñac que le ha pedido antes el TERNERO. Al entrar, queda paralizada al ver los desperdicios arrojados por el TERNERO, pero no se atreve a hacer reproche alguno. TERNERO.- con desabrimiento.)

¿Se puede saber cuándo va a venir esa pupila?

LA SEÑÁ VENANCIA.- Vendrá en... enseguida. Han tenido que avisarla, no estaba en el club.

TERNERO.- Esto empieza a no gustarme nada. Pero ¿qué hace usted ahí parada? Venga esa copa.

LA SEÑÁ VENANCIA.- (Atemorizada.) Aquí tiene usted. **(Pone la copa sobre la mesilla de noche.)**

TERNERO.- (Saca unos billetes de banco.) Tome. Ya le he pagado doble de lo que me pedía, ¿no? Pues esto es por la copa (Señala las cáscaras de pipa por el suelo.) y por las molestias.

LA SEÑÁ VENANCIA.- (Contenta.) No tenía que haberse molestado...

(En ese momento, suena el timbre de la puerta exterior.)

TERNERO.- ¿Será ella?

LA SEÑÁ VENANCIA.- Claro que es ella. Yo no espero a nadie.

TERNERO.- (Amenazante.) Si es otra persona, no la deje entrar. Diga que no hay nadie más en la casa. ¿Entendido? **(Advierte que con aquel tono puede comprometer su objetivo.)** Compréndame. Un hombre como yo... Necesito guardar el incógnito.

LA SEÑÁ VENANCIA.- (Intimidada.) Sí. Lo que usted diga.

(Suena de nuevo el timbre. Sale a abrir LA SEÑÁ VENANCIA. Con presteza, yérguese el TERNERO y acude a la puerta del cuartucho. La cierra, saca un revólver de uno de los bolsillos de la gabardina y escucha lo que proviene del otro lado. Instantes después, unos delicados y respetuosos nudillos golpean el pórtico de su destino.)

TERNERO.- ¿Quién es?

(Escuchamos la voz de LA BAMBOLA, aún más dulce e inope que anoche.)

LA BAMBOLA.- Me han dicho que viniera... Me mandan del Corazón Loco.

(El TERNERO, tranquilizado, guarda el arma y se apresura a regresar su asiento en el lecho. Desde allí, fingiendo suavidad, invita a la voz a pasar.)

TERNERO.- Adelante.

(Introdúcese LA BAMBOLA, vestida de escarlata, un lirio en la mano, una sonrisa inocente en su bellissimo rostro de mujer niña.)

LA BAMBOLA.- Buenas tardes. ¿Le he hecho esperar?

TERNERO.- (Extrañado ante el rostro de LA BAMBOLA.) Un poco. Pero a lo mejor ha merecido la pena.

LA BAMBOLA.- Me llaman La Bambola. ¿Y a usted?

TERNERO.- Yo no tengo nombre.

LA BAMBOLA.- (**Deposita el lirio sobre la cama, junto al TERNERO.**) Eso sí que tiene gracia. Me quito la ropa, ¿verdad?

TERNERO.- ¿Qué es eso?

LA BAMBOLA.- Un lirio. Se lo compré a la florista de la esquina. Si le gusta, se lo regalo. (**Va a desnudarse.**)

TERNERO.- (**La detiene.**) Un momento. ¿Por qué te has teñido de rubia?

LA BAMBOLA.- (**Sonríe.**) Soy rubia. Siempre lo he sido.

TERNERO.- En la foto que vi eras morena. Y no parecías tan joven. Eres casi una niña.

LA BAMBOLA.- (**Miente y se nota.**) Tengo veinte años.

TERNERO.- No puede ser. La que yo digo tiene tres o cuatro más.

LA BAMBOLA.- (**Decepcionada al sugerírsele que se requerían los servicios de otra.**) Por favor, señor... ¿Qué quiere usted decir?

TERNERO.- Nada importante. Nos hemos confundido los dos. (**Con rabia, para sí.**) ¿Es que no voy a dar nunca con ella?

LA BAMBOLA.- (**Insegura, pero algo sabe de sus encantos.**) Pero ¿me ha visto usted bien? No me irá a dejar ir de vacío.

TERNERO.- Esta misión es la ruina. (**Saca más billetes de banco.**) Toma, por las molestias. Puedes irte.

LA BAMBOLA.- Sólo me gusta cobrar si trabajo.

TERNERO.- ¿En qué quedamos?

LA BAMBOLA.- Por dos talegos más, sólo dos, le hago a usted un francés. ¿Hace?

TERNERO.- (**Que apenas puede reprimir su indignación.**) ¿Cómo? ¡Que tú haces francés!

LA BAMBOLA.- Claro que sí. Y más cosas. Mire usted, soy capaz de...

TERNERO.- (Con furia, toma el lirio en sus manos y lo arroja al suelo.) ¡Basta! (Pisotea el lirio. Estupor de LA BAMBOLA. Ambos se miran con perplejidad.) Lo siento. No era mi intención. (Saca dos billetes.) Toma. Empieza. Acabemos pronto.

LA BAMBOLA.- (Toma el dinero.) No se arrepentirá usted. Esa otra, la morena, no lo haría mejor, de eso estoy segura. Voy a desnudarme.

TERNERO.- ¡No te desnudes! Así está bien.

LA BAMBOLA.- ¿Y... y usted?

TERNERO.- Yo tampoco.

LA BAMBOLA.- (Con diligencia, de rodillas, pone inmediatamente manos a la obra.) Como usted quiera. Va a ver lo que es bueno. ¡Qué boca tan grande tiene usted! Si me desnudase, podría besarme mejor.

TERNERO.- ¡No!

LA BAMBOLA.- Usted manda. (Continúa.)

TERNERO.- (Mientras LA BAMBOLA investiga sus pantalones.) Podrías ser mi hija.

LA BAMBOLA.- Eso es lo mejor, ¿no cree usted? ¡Qué manos tan grandes tiene usted! ¿Por qué no me acaricia?

TERNERO.- ¡Jack! ¡Jack!

LA BAMBOLA.- (Corrige, tolerante.) Me llaman La Bambola. ¿Le gusta mi nombre? Pero ¿y esto? ¿Es que tiene usted frío?

TERNERO.- ¡Jack!

LA BAMBOLA.- Ah, ya decía yo... Así está bien, sí señor. Y ahora, vámonos derechos al cielo.

**Acomete LA BAMBOLA su menester. Cesan las palabras.
Apenas si sería perceptible algún movimiento.
Comenzamos a alejarnos. En medio de un silencio que
excluye hasta el jadeo, extrae el TERNERO de un bolsillo
de su abierta gabardina el mismo revólver de antes. Lo
empuña. Con lentitud, sin mirarla, apunta a la sublime
cabeza que se afana entre sus turbios muslos. Eso nos aleja
por completo. Es más de lo que podemos soportar.**

XV

**Regresamos al Corazón Loco Club. Poco después del
momento en que lo abandonaron CARMELA y MANOLO.
A solas, SABINO EL DISCRETO retira los mediados vasos
de la pareja. Está en ello el coime cuando surge el OKAPI
desde el exterior del establecimiento. Lleva el maletín del
atracó. Sin decir palabra, contempla al atareado
camarero. SABINO no le ha visto aún.**

SABINO EL DISCRETO.- (Mientras recoge los vasos.)
Pues lo que es el hijo de mi padre, a casita, que llueve. Se ponga
como se ponga el dueño.

OKAPI.- Buenas tardes, Sabino.

SABINO EL DISCRETO.- (Se vuelve. Estupor.)
¡Okapi...!

OKAPI.- ¿Te asustas de verme?

SABINO EL DISCRETO.- (Atemorizado.) ¿Por qué me
iba a asustar?

OKAPI.- (Deja ver un revólver.) Por esto.

SABINO EL DISCRETO.- ¡Pero tú estás loco o qué!

OKAPI.- Tú sí que has sido un loco, Sabinito. Pero lo que es
yo, te voy a curar de la locura. Por estas.

(El OKAPI cierra las puertas del establecimiento.)

SABINO EL DISCRETO.- ¡Okapi! ¡Okapi! ¿Qué vas a hacer? ¿Nos quieres buscar la ruina a todos? ¿Te quieres buscar la ruina?

OKAPI.- ¿Sabes de dónde vengo?

SABINO EL DISCRETO.- Có... cómo lo voy a saber.

OKAPI.- Claro que lo sabes, Sabinito. Qué lástima que, siendo ya tan viejo, no llegues a la tercera edad.

SABINO EL DISCRETO.- ¡Okapi!

OKAPI.- Vengo de un local muy chungo, Sabinito. Había allí unos cuantos colegas buscándose la vida, ¿sabes? Y los han *dejao* frititos a todos ellos, ¿te das cuenta qué palo?

SABINO EL DISCRETO.- ¡Pero... de qué me estás hablando, por el amor de Dios!

OKAPI.- ¿Que no sabes de qué te hablo? Tú eres inteligente, Sabino, piensa un poco. ¿De qué te estoy hablando?

SABINO EL DISCRETO.- ¿Un... un golpe?

OKAPI.- Una *bacalá* guapísima, Sabino.

SABINO EL DISCRETO.- ¿Y qué ha *pasao*, Okapi? ¡No me apuntes con eso, leche!

OKAPI.- Pues que alguien ha *dao* el chivatazo. Y eso no se hace.

SABINO EL DISCRETO.- ¿Un chivatazo? ¡Quién ha sido, quién ha sido el *desgraciao*!

OKAPI.- Qué fuerte, Sabino. Mira que preguntarme tú quién ha sido el *desgraciao*. Esto es un escarnio.

SABINO EL DISCRETO.- (Se arrodilla.) ¡Okapi, por el amor de Dios, tú sabes que tengo mujer, hijos...!

OKAPI.- ¡Levanta del suelo, cabrón!

SABINO EL DISCRETO.- Lo que tú digas, lo que tú digas... (Se levanta.)

OKAPI.- En el fondo, te tendría que estar agradecido. Ahora tengo una pasta que ni te lo crees.

SABINO.- Me alegro por ti... Me alegro. Eres el más listo. Si ya lo decía yo. Esos eran unos niños.

OKAPI.- ¿Eran? Mira tú, ya les has *dao* pasaporte, qué chulo. Eres un rápido, Sabino. Rápido. Porque discreto no lo has sido, ¿verdad que no? (**Apunta.**) Ya está bien de palique, joder.

SABINO.- ¡Qué vas a hacer!

(El OKAPI dispara dos veces sobre el flaco cuerpecillo de SABINO EL DISCRETO. Cae SABINO estrepitosamente y, al golpear la mesa, se lleva consigo todo el servicio que pretendía recoger. El OKAPI permanece unos segundos arrobado por su obra.)

OKAPI.- (**Reacciona al fin.**) ¡Vaya día! ¡Y me lo quería perder!

Guarda el revólver y, en busca de salida más segura que la calle, escapa disparado hacia el interior del Corazón Loco Club.

XVI

Han transcurrido unos pocos meses.

En una calle. El TERNERO y el PASMOSO, embutidos en sendas gabardinas, parecen aguardar a alguien. Intentan pasar inadvertidos. Fingen ambos leer unos periódicos.

TERNERO.- ¡No puede ser, no puede ser!

PASMOSO.- Y yo te digo que sí.

TERNERO.- Pero si me han dicho que trabaja de puta en el Corazón Loco Club.

PASMOSO.- ¿Y eso quién te lo ha dicho?

TERNERO.- Un colega tuyo.

PASMOSO.- Así que no te fías de mí. ¿Es eso?

TERNERO.- ¡Maldita sea! Y me he cargado a una pobre idiota que hacía francés.

PASMOSO.- Eso te pasa por fiarte de aficionados.

TERNERO.- ¡Pero bueno! ¿Va a venir esa tía que dices de una puta vez?

PASMOSO.- Basta ya, Ternero. Me estás poniendo nervioso.

TERNERO.- Más nervioso estoy yo. No puedo creer lo que me cuentas.

PASMOSO.- Y dale. Lo vas a ver con tus propios ojos.

TERNERO.- ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡La maldita Adela, la que mató a mi amigo Jack, convertida en mujer decente, en madre de familia! ¡Y en unas pocas semanas! ¡Es imposible, imposible!

PASMOSO.- Eso lo veremos. Yo mismo he comprobado la información. La he visto pasar por aquí dos días, con el bebé, a estas horas. Si no me crees, en seguida saldrás de dudas.

TERNERO.- ¿Y por qué me han *dao* la información del Corazón Loco? ¿Se la han *inventao*?

PASMOSO.- Eso ha sido para quitarse de en medio a alguna. Limpíamente. Te han utilizado, Ternero. Parece mentira que te la den así.

TERNERO.- ¿Y si hoy le da por no venir?

PASMOSO.- Pues volvemos otro día, y en paz.

TERNERO.- ¡No puedo esperar a otro día!

PASMOSO.- Qué *pesao* te estás poniendo, Ternero... Pero mira... Sí, es ella...

TERNERO.- ¡Dónde está...!

PASMOSO.- Disimula, idiota, que te puede reconocer. Ponte otra vez las gafas de sol y lee el periódico.

(Aparece ADELA, con un cochecito de bebé. El TERNERO y el PASMOSO, con sus gafas de sol, fingen de nuevo leer los periódicos y miran disimuladamente a ADELA.)

ADELA.- Ay, pequeñín, dónde estará papá. Estos días está tan raro, y viene siempre tan tarde... (De repente, ve algo fuera de escena que la pone muy contenta.) Pero si es papá. Mira, ahí viene papá.

(Entra MANOLO en escena, con signos de abatimiento.)

Manolo, ¿de dónde vienes? ¿Qué te sucede, que tienes tan mala cara?

MANOLO.- (Con desabrimiento.) ¡Adela! ¿Qué haces tú aquí?

PASMOSO.- (Al TERNERO.) ¿Ves como yo tenía razón?

TERNERO.- Sí, es ella, no cabe duda. ¡Y él la ha llamado por su nombre!

ADELA.- (Al borde de las lágrimas.) ¿Por qué me hablas así? Dios mío, Manolo, qué te pasa, ya no eres el mismo.

MANOLO.- ¡Déjame en paz!

TERNERO.- ¡Al fin, al fin!

PASMOSO.- *Tranqui*, Ternero, *tranqui*. Al periódico.

ADELA.- ¿No le dices nada a tu hijo? Parece mentira, Manolo... (Sordos sollozos.)

MANOLO.- ¿Sabes lo que te digo? ¡Que últimamente estás insoportable!

(Sale rápidamente de escena, huyendo de su mujer y su hijo.)

ADELA.- Qué pasa, Virgen santa, qué pasa. ¿Qué le está sucediendo a este hombre?

TERNERO.- ¿Y ese maromo, quién es? ¿El Okapi?

PASMOSO.- No sé. Será el pagano que ha *cargao* con la furcia y la criaturita.

TERNERO.- ¿Has visto cómo la trata? Le está bien *empleao*.

PASMOSO.- Se habrá *dao* cuenta tarde de que la mercancía estaba averiada, y ahora le pasa factura.

ADELA.- (**Llorosa.**) Vamos, hijo mío, vamos. Papá se ha ido a casa. Está enfermo, ha ido a curarse. No puede venir con nosotros. Manolo, vida mía... Qué está pasando, qué está pasando...

(**Arrastrando el cochecito del BEBÉ, sale de escena por el lado contrario al de MANOLO.**)

PASMOSO.- ¿Estás más tranquilo?

TERNERO.- Ni viéndolo se puede creer. Pero si parece una mosquita muerta, una monjita. ¡Hipócrita!

PASMOSO.- Pareces nuevo en esto. Pues anda, que no se dan casos por el estilo.

TERNERO.- Parece desdichada. Qué lástima. Preferiría darle pasaporte a una mujer feliz.

PASMOSO.- Pero si lo es, Ternero. ¿Te vas a fiar de las lágrimas de una mujer?

TERNERO.- ¿Le haces llorar tú a la tuya?

PASMOSO.- Esa llora sin que la ayuden.

TERNERO.- Vámonos de aquí. Tengo que prepararlo todo. Tengo que buscar un día propicio.

PASMOSO.- Pero ahora júrame una cosa. Lo que tengas que hacer, hazlo con discreción. ¿Me lo juras?

XVII

En un pub con pretensiones. Griterío. Gente alborotadora. Todos están contentos. Mujeres y hombres, parroquianos, rodean al OKAPI que, algo chispa, celebra su buena estrella con liberalidad hartamente manifiesta. Prudente, ha dejado transcurrir algún tiempo antes de dedicarse a la buena vida. Va de punta en blanco y le acompaña una FULANA ELEGANTE y de muy buen ver. Un CAMARERO sirve a todos.

OKAPI.- ¿Has visto, pequeña, la cantidad de amigos que tengo?

LA FULANA ELEGANTE.- Como tú no hay dos. ¿Cómo dices que te llamas?

OKAPI.- El Okapi, para los amigos. ¿Quieres una rayita?

LA FULANA ELEGANTE.- Eso luego.

VARIOS.- ¡Viva el Okapi!

OKAPI.- A ver, camarero, otra ronda. Yo pago.

TODOS.- ¡Viva el Okapi!

LA FULANA ELEGANTE.- ¿Eres millonario o es que te ha tocado la lotería?

OKAPI.- Ese es mi problema, pequeña. Tú a lo tuyo.

LA FULANA ELEGANTE.- No, si me da igual. Yo he cobrado por adelantado. ¿No te irás a quedar sin fuerzas cuando llegue el momento?

OKAPI.- Pierde cuidado. No conoces al Okapi.

TODOS.- ¡Viva el Okapi, viva el Okapi! ¡Viva!

OKAPI.- (Saca unos billetes de banco.) Camarero, esta dama y yo nos tenemos que marchar. Aquí tiene usted, para que se conviden otra vez estas señoritas y estos caballeros, ¿de acuerdo?

EL CAMARERO.- De acuerdo.

OKAPI.- Se dice de acuerdo, señor Okapi.

EL CAMARERO.- De acuerdo, señor Okapi.

TODOS.- ¡Viva el Okapi, viva el Okapi! ¡Viva!

OKAPI.- Y ahora nos vamos, que tenemos un asunto urgente.

UNO DE LOS HOMBRES.- ¿Has visto qué pedazo de mujer?

OTRO.- Vaya tío con suerte.

UNO DE LOS HOMBRES.- Esa cuesta lo menos treinta billetes.

OTRO.- Y con tanto palique, el doble.

OKAPI.- (Se dirige a la concurrencia, dispuestos él y LA FULANA ELEGANTE a marcharse.) ¿Qué se dice, señores?

TODOS.- ¡Viva el Okapi, viva el Okapi! ¡Viva!

XVIII

Regresamos a casa de ADELA y MANOLO, llena ahora de muebles y de pesares. ADELA está sola. Junto a ella, la cuna del BEBÉ.

ADELA.- ¡Ay, Virgen santa! ¡Quién puede ufanarse de haber conseguido el amor conyugal, la paz, la felicidad, el bienestar! Cuando crees poseerlo todo, Dios te castiga por tu desmedido orgullo. Me ha castigado por no querer que Manolo ayudase a mi pobre hermana. Y ahora... Dios mío, yo te pido humildemente perdón si he pecado, si te he ofendido. ¿Pero es posible que este inocente merezca la ruina inesperada que ha caído sobre nosotros como un rayo? (Llora.) ¡Ay, hijito mío, lo tarde que es ya, y tu papá sin venir! (Con rabia.) ¡Pero ahora ya sé lo que le pasa! ¡Ay, si mi madre se enterase, esto la enterraría!

(Se oye abrirse y cerrarse una puerta.)

Manolo, ¿eres tú?

(Entra MANOLO, excitado, ojeroso, con la amargura pintada en el rostro.)

¿De dónde vienes?

MANOLO.- ¿A ti qué te importa?

ADELA.- (Grita.) ¡Me importa!

MANOLO.- Hogar, dulce hogar.

(En efecto, la amargura que llevaba escondida fuera de casa ha salido a flote, se ha materializado, al estar ante la presencia atormentadora de su mujer y su hijo.)

ADELA.- Han llamado de tu oficina. Dicen que no vas por allí. Que estás despedido.

MANOLO.- ¡Maldita sea...! Haberles dicho que estoy enfermo.

ADELA.- Y ahora, ¿de qué vamos a vivir!

MANOLO.- Vivir... ¿Para qué quieres vivir, dílo, para qué? ¿Para esperarme llorando como la Macarena? ¿Para hacerme reproches y que me sienta culpable? ¿Para martirizarme?

ADELA.- (Llora.) ¡Tú sí que me martirizas a mí! ¡Cómo has podido hacerme esto, tú, que eras un hombre tan honrado y decente!

MANOLO.- ¿Yo? ¿Qué te he hecho yo, vamos a ver?

ADELA.- Ahora lo sé todo. Te he seguido.

MANOLO.- ¡Cómo te has atrevido...!

ADELA.- ¡Qué vergüenza! ¡Te has liado con mi hermana! ¡Y le das todo tu dinero! ¡El dinero de tu familia, el dinero de tu hijo! ¡A una prostituta! ¡A una prostituta que es mi hermana! ¡Qué horror! ¡Qué horror!

(**MANOLO se queda anonadado unos instantes. Se miran, aterrados.**)

MANOLO.- Sí, es el horror, el horror. Y la felicidad también. Juntos e inseparables. No puedes entenderlo. Ella eres tú, pero no eres tú.

ADELA.- No le has dicho quién eres, no te has atrevido, ¿a que no? ¡Cobarde! Hablaré con ella, de hermana a hermana, y te abandonará.

MANOLO.- (**Amenazador, blandiendo un paraguas.**) ¡Si haces eso, te mato! ¡Te juro que te mato!

ADELA.- (**Se arrodilla. Terribles sollozos, gritos.**) ¡Sí, mátame! ¡Manolo, mátame, por favor! ¡No puedo resistir más! ¡Mátame!

(**Horrorizado, MANOLO arroja el paraguas lejos de sí y sale precipitadamente de escena. ADELA se queda sola, llorando. Al suyo se une el llanto desgarrador del BEBÉ. ADELA parece completamente desesperada, como si la queja de su hijo la trastornase del todo.**)

¡No, no...! Niño mío, niño mío...

(**Saca al BEBÉ de la cuna. Lo mece, agitada. Le canturrea una nana apenas inteligible. El BEBÉ se calma, cesa el llanto. ADELA lo vuelve a colocar en la cuna.**)

Duérmete, niño, que viene el coco...

(Repentinamente, irrumpe en la estancia el TERNERO, a espaldas de ADELA. Empuña una pistola.)

TERNERO.- No lo sabes tú bien, Adela.

ADELA.- (Se vuelve.) ¿Manolo? (Al ver al desconocido armado, se aterroriza.) ¡Quién... quién es usted!

TERNERO.- En seguida lo sabrás, muñeca.

ADELA.- ¡Cómo ha podido entrar...!

TERNERO.- (Mordaz.) Alguien se dejó la puerta abierta. Me lo ponéis muy fácil. Y mira tú, me encuentro con una respetable madre de familia. Así que te has hecho decente y hasta has tenido tiempo de parir un niño. Qué bien, qué chica tan aplicada.

ADELA.- ¡Quién es usted!

TERNERO.- (Continúa mordaz.) Soy un buen amigo de Jack. Aunque a lo mejor el cambio de vida te ha hecho olvidarlo todo. Te refrescaré la memoria. (Con rabia.) ¡Tú mataste a Jack en Barcelona, en un cuchitril de mala muerte del Barrio Chino!

ADELA.- ¡No, no! ¡Se equivoca usted! ¡Yo nunca he matado a nadie! ¡Me confunde usted con... con otra!

TERNERO.- Qué ibas a decir tú, ¿te crees que soy tonto? Se te acabó el rollo, Adelita, la puta más miserable de Barcelona. Se te acabó. Me conformo con que sepas por qué te voy a matar. (Con sadismo, paladea sus palabras lentamente.) Porque te voy a matar. Ahora mismo. (Apunta.)

ADELA.- ¡No, no! ¡Se equivoca! ¡Usted busca a mi hermana Carmela que...!

TERNERO.- (La interrumpe con un espantoso alarido.) ¡Por ti, Jack!

(El TERNERO dispara sobre el tembloroso cuerpo de ADELA, que se derrumba hacia atrás, como empujada con violencia. El TERNERO contempla el cadáver unos instantes y comprueba si está realmente muerta. El BEBÉ ha roto de nuevo a llorar. TERNERO atraído por el llanto, va hacia la cuna. Mira el niño y le apunta con el arma. Pero no dispara. Guarda la pistola.)

Qué niño tan guapo. Parece mentira. Me recuerda a esa pobre chica. Cómo se llamaba. ¿La Bambola? Una niña. Qué lástima haberla tenido que matar. Este pobre hijo de puta no tiene culpa de nada. (**Advierte que se ha manchado de sangre la gabardina.**) Vaya, he echado a perder la gabardina. Le he disparado *demasio* cerca a esta buscona. Tengo que cambiarme. (**Mira de nuevo hacia el interior de la cuna.**) Pobrecito, cómo llora. Es una monada este bebé. Ay, los niños chiquitines son mi debilidad. Son tan puros. Adiós, pequeñín. Nunca sabrás el gran favor que te ha hecho este buen amigo. (**Sale tranquilamente de escena. Por el suelo, el cadáver de ADELA. Insistente, el llanto del BEBÉ.**)

XIX

Una calle. Encontramos al OKAPI, solo, completamente borracho y todavía muy paquete, con un cigarrillo sin encender.

OKAPI.- ¿Qué se había creído esta? ¿Que me iba a faltar el resuello? ¡A mí! ¡Al Okapi! (**Se registra en los bolsillos.**) Maldita sea, se me ha *olvidao* el mechero en el piso de esa nena. ¡Cómo estaba la tía! Ahora bien, funciona mejor la Carmelilla... Pero qué gachí, madre mía. Como decía el pobre Sabino, que en paz descanse, una *jai* de película... (**Surge el TERNERO, con paso apresurado.**) Eh, buen hombre, ¿tiene usted fuego?

TERNERO.- (Fastidiado.) No fumo.

OKAPI.- ¿No nos conocemos de algo?

TERNERO.- No, creo que no.

(Prosigue el TERNERO, apresurado, su camino. Síguete el OKAPI, que le agarra de una manga.)

OKAPI.- Me cae usted bien. Le invito a una copa.

TERNERO.- (Se zafa.) No bebo. Y tengo prisa.

OKAPI.- (Simpático. Cómplice.) Venga, no diga eso. Sí que bebe. Se nota que es usted de los que beben.

TERNERO.- (Prosigue su camino, más veloz aún, deseoso de librarse del importuno.) ¡Déjeme en paz!

OKAPI.- (Vuelve a agarrarle de una manga.) Pero si sólo es un... Eh, ¿se ha *dao* cuenta que va *usté manchao* de salsa de tomate?

TERNERO.- (Con rabia.) ¡Se me han caído encima los macarrones!

(El TERNERO se zafa de nuevo. Acelera el paso. El OKAPI renuncia a seguirle.)

OKAPI.- Pero qué tío más borde, oye. Pues a mí me suena esa cara.

XX

**En casa de CARMELA. Unas horas después. Una cama.
MANOLO termina de vestirse. Ella está acostada.**

CARMELA.- Te juro que no te entiendo, macho. Hago contigo lo que con nadie. Te traigo a mi casa, para estar más tranquilos, expuesta a que los vecinos me fichen, te admito hoy dos veces, ¡dos veces!, y tú, con el muermo. ¿Sabes lo que te digo, Mariano? Que lo mejor es que no vuelvas a verme. Hala, se acabó.

MANOLO.- (Aterrado.) No, eso no, Carmela, por favor.

CARMELA.- Pero bueno, ¿por qué me llamas Carmela? Te he dicho que me llamo Adela. ¿Será posible? Tú sabes demasiado.

MANOLO.- Estoy muy confuso. A veces quisiera morirme.

CARMELA.- No te irás a echar a llorar ahora, Mariano. Pero bueno, ¿no dices que yo te hago feliz?

MANOLO.- Y es la pura verdad. Sin ti, el mundo ya no tiene sentido. Pero hay algo que no puedo decirte, que me impide mirar la vida con alegría.

CARMELA.- Entonces, es que no me quieres tanto. Mejor será que terminemos.

MANOLO.- No, no. Si me dejas, me mataré.

CARMELA.- **(Disimula una sonrisa satisfecha.)** Ah, si te pones así, retiro lo dicho. Matarte tú. No lo permita Dios.

MANOLO.- ¿Nos vemos mañana?

CARMELA.- ¿Cuánto tiempo?

MANOLO.- Todo el tiempo.

CARMELA.- Pero bueno, ¿tienes dinero?

MANOLO.- ¿Dinero...? Sí... desde luego que lo tengo.

CARMELA.- Te va a salir por un pico. Y a mí me pones en un compromiso. Lo que tú me das por una tarde me lo saca yo en un par de horas.

MANOLO.- No hables, así, por favor. No puedo soportar que vayas con otros.

CARMELA.- Pero tontín mío, si a quien yo quiero es a ti. Ven, dame un beso. **(Ya completamente listo, MANOLO se acerca al lecho y besa a CARMELA.)** Venga, que tienes que irte.

MANOLO.- Sí, tengo que irme.

CARMELA.- Me gustaría conocer a tu mujer, mira tú. Debe de ser una buena mujer.

MANOLO.- Si tú supieras, Carmela.

CARMELA.- ¡Otra vez! A ver, Mariano, ¿por qué me llamas Carmela?

MANOLO.- No quiero fingir más. Sé que te llamas Carmela.

CARMELA.- ¡Y por qué lo sabes!

MANOLO.- No puedo decirte por qué.

CARMELA.- Y tú, ¿te llamas Mariano? ¿A que no? Sé cómo te llamas. Te llamas Manuel, Manuel Medina. Yo también he mirado tus papeles. ¿Te crees que me caído de un guindo?

MANOLO.- Sé... sé que eres muy inteligente. Siempre lo fuiste.

CARMELA.- Manuel Medina. Hay muchos Medina en mi tierra. ¿No serás de por allí?

MANOLO.- Soy de muy cerca de tu pueblo...

CARMELA.- ¡Cómo! ¡Me conoces!

MANOLO.- Te juro que no te había visto nunca antes de aquel día, en el Corazón Loco, el día que mataron a vuestro camarero.

CARMELA.- Entonces ¿quién eres?

MANOLO.- Soy Mariano... soy Manolo. Soy un miserable.

CARMELA.- Está bien, Mariano, Manolo, o como quieras que te llame. Ahora vete, se te hace tarde.

(Se besan.)

MANOLO.- Mañana, a las siete.

CARMELA.- Me vas a hacer perder la clientela. Es la ruina.

MANOLO.- Tendrás dinero, todo el que haga falta.

CARMELA.- Vida mía, tienes que irte.

MANOLO.- Hasta mañana.

(Mira conmovido a CARMELA y sale de escena.)

CARMELA, a solas, sin levantarse de la cama, recapacita.)

CARMELA.- Me gustaría que me viera Nuri Campana ahora. Esto es dominar la situación y lo demás son tonterías. Sé cómo hay que tratar a los hombres, ya lo creo. Este tontaina de Mariano, o de Manolo, me va a arreglar un poco la vida. Hasta que se le acaben los cuartos o hasta que yo me harte. ¿Que es de mi tierra? Me es igual. Yo no tengo tierra. ¿Que me conoce? Pues como si no. No hay diferencia. Parece un panoli, y no debe tener mucha guita, pero eso es su problema, digo yo. Hago como que le voy a dejar y se le abren las carnes. De risa me escacho. Es un infeliz, pero la verdad es que no le engaño gran cosa. Pues no lo pasa bien el tío conmigo. En su vida se ha visto en otra. Cómo será su mujer. Me la imagino, una tía muermo, fea, paleta, enana. De mi tierra, vamos. Este pobre Mariano no ha visto nunca una carita como la mía, eso, de fijo. ¿No es justo, entonces, que afloje un poco los cuartos en pago a una materia primera de primera calidad y unas técnicas amatorias dominadas tras arduo aprendizaje? Pues eso.

(Llaman a la puerta.)

(CARMELA fastidiada.) ¿Y ahora quién es?

NURI CAMPANA.- Soy yo, Adela. Quiero decirte una cosa...

CARMELA.- **(Sin abandonar la cama.)** Pasa, que está abierto.

(Entra NURI CAMPANA.)

NURI CAMPANA.- Joder, cómo huele a tío.

CARMELA.- Y que no falte. **(Ofensiva.)** ¿Qué se te ofrece?

NURI CAMPANA.- **(Irónica.)** Nada, pasaba por aquí y quise venir a avisarte. Sabes que soy buena amiga tuya, y no me gusta que te tomen el pelo. ¿Estamos?

CARMELA.- Se agradece la buena voluntad. Desembucha.

NURI CAMPANA.- ¿Sabías tú que el Okapi va por ahí despilfarrando una fortuna, invitando a todo el mundo, y hasta follándose a colegas de postín?

CARMELA.- (Reprime su ira.) ¿Que si lo sé? Cómo no lo iba a saber, Nuri, amiga querida. Si soy yo quien le ha *dao* la música *pa* que se entone. Tenemos una buena racha. No a todas les iba a ir mal.

NURI CAMPANA.- (Saborea el efecto que ha conseguido.) Ah, entonces me quedo tranquila. Si es eso, todos contentos. Aunque no sé para qué quieres que el Okapi se folle a esas cursis de Casa Angelote.

CARMELA.- Pues hija, para que me ponga al día. En esta profesión hay que tener un aprendizaje permanente. No se puede una quedar atrás, tú lo sabes mejor que nadie.

NURI CAMPANA.- He venido a avisarte porque te aprecio como amiga, pero ya decía yo, ¿cómo se la van a pegar a la Adela, con lo lista que es?

CARMELA.- Has hecho bien, Nuri, se te agradece la intención.

NURI CAMPANA.- De nada, Carmela, para eso estamos. Me voy, que tengo una cita con un cliente americano.

CARMELA.- Por cierto, ¿han *soltao* ya al Eusebio?

NURI CAMPANA.- ¿Soltarlo? De qué, si no lo han detenido.

CARMELA.- Qué raro. Pues avísale, que van a por él. Una tiene sus contactos. Va a haber redada.

NURI CAMPANA.- Pues que tenga cuidado el Okapi. Va haciendo mucho alarde y nadie sabe de dónde ha *sacao* la pasta.

CARMELA.- (Cada vez le resulta más difícil dominar su ira.) Ya te he dicho que se la he *dao* yo.

NURI CAMPANA.- Es verdad, qué tonta, si ya me lo habías dicho.

(CARMELA, harta de esperar en la cama, se levanta con impaciencia. Está desnuda. Echa mano de una bata.)

Qué cuerpo, Carmela. Qué envidia me das. Has engordado mucho, da gusto verte. Cómo se nota que te van bien las cosas.

CARMELA.- ¿Que he engordado yo? ¡Lo que me faltaba por oír! ¿No decías que te ibas?

NURI CAMPANA.- (**Finge apresuramiento.**) Ay, qué tarde es ya. Con lo puntuales que son los americanos.

CARMELA.- No se te olvide avisar al Eusebio. Va a haber redada de chorizos.

NURI CAMPANA.- (**Ríe por lo bajo, comprendiendo la intención de CARMELA.**) Le avisaré, no te preocupes. Gracias por el soplo.

CARMELA.- Sabes que te aprecio como amiga.

NURI CAMPANA.- Y yo también. Bueno, me voy. No te beso, que voy muy pintada. Adiós, Adela.

CARMELA.- Adiós, Nuri, hija.

(**Sale NURI CAMPANA, regocijada y satisfecha.**
CARMELA a solas.)

¡A esta tía la rajo un día, me cago en su padre! Así que el cabrón del Okapi va por ahí gastándose los cuartos a manos llenas. Conque me iba a retirar. El muy ingrato, *pa* una vez que tiene pasta, se va por ahí sin contar conmigo. Y además se folla a una de esas anémicas de Casa Angelote. Ya le ajustaré yo las cuentas al *desgraciao*.

XXI

Puestos a sorprender intimidades -ya que no a defraudarlas- nos colamos ahora en la del OKAPI y su aventura con la putilla estirada a la que hemos llamado LA FULANA ELEGANTE. Es el dormitorio de un *meublé* -como se decía antes. Una cama. En la cama, el OKAPI y LA FULANA ELEGANTE, fumando.

LA FULANA ELEGANTE.- (Cuya elegancia yace en un sofá cercano.) El tiempo que hace que no fumo maría. Eres un fenómeno. ¿De dónde la sacas?

OKAPI.- Te queda mucho que aprender sobre mí, prenda. Uno es un hombre de mundo.

LA FULANA ELEGANTE.- Qué bien te lo montas.

OKAPI.- Todo es cuestión, primero, de tener con qué. Y luego saber el dónde, el cómo y el cuándo.

LA FULANA ELEGANTE.- Y aparte de los cuartos, ¿se tarda mucho en saber todo lo demás?

OKAPI.- Es un arduo aprendizaje, pequeña. No te aconsejo que te inicies. Para eso ya me tienes a mí. Podíamos ser novios.

LA FULANA ELEGANTE.- No quiero novios.

OKAPI.- Sé que tienes uno.

LA FULANA ELEGANTE.- Me confundes con otra.

OKAPI.- ¿Quieres que lo quite de en medio? Pim, pam, pum, fuera.

LA FULANA ELEGANTE.- Pero ¿qué estás diciendo?

OKAPI.- (Ríe del efecto de sus palabras.) Anda, fuma y relajate un poco.

LA FULANA ELEGANTE.- (Que no acaba de creer que las palabras del OKAPI sean por completo una broma.) ¿No... no le irás a hacer nada a Javier?

OKAPI.- Bueno, por lo menos ahora ya sé cómo se llama. (La abraza, insinuante.) ¿Vamos a por otro?

LA FULANA ELEGANTE.- (Con desagrado.) ¿Otra vez?

OKAPI.- Cago en la leche. Empezamos a parecer un matrimonio.

(Se percibe rumor de violencia exterior. De repente, nos llegan algunas palabras muy claras.)

CARMELA.- ¡O me dejas pasar o te rajo!

LA LUPITO.- Uy, nena, si te pones así, te dejo pasar. Pero se van a enfadar mucho, luego no digas que no te he avisado.

LA FULANA ELEGANTE.- ¿Quién arma esa bronca?

CARMELA.- Que te pincho, maricona...

OKAPI.- Esa voz me suena. ¡Anda, leche, ahora sí que la hemos jodido!

(Irrumpe LA LUPITO, simpático mariquita dueño del meublé.)

LA LUPITO.- Ustedes disculpen, pero es que hay aquí una señorita que quiere saber...

(Grito de LA FULANA ELEGANTE, que, alarmada, no comprende demasiado la situación.)

CARMELA.- **(Irrumpe a su vez, irresistible. Lleva una navaja en la mano.)** ¡No necesito intermediarios!

(Nuevo grito de LA FULANA ELEGANTE, que ahora empieza a comprender.)

OKAPI.- Ven *pacá*, Carmelilla, que vamos a hacer un *menach atruá*.

CARMELA.- Anda, que no tienes morro, mamón. Pero te vas a enterar tú de quién es la Carmela.

LA FULANA ELEGANTE.- **(Aterrada.)** ¡Lupito, Lupito! ¡Echala de aquí!

CARMELA.- **(A LA LUPITO, violenta.)** ¿Tú me vas a echar a mí?

LA LUPITO.- Uy, no, de ninguna manera. No le hagas caso a esa. Una tiene su educación.

LA FULANA ELEGANTE.- ¡Lupito!

LA LUPITO.- Voy a prepararos café. **(Con su mejor voluntad, sale LA LUPITO de la habitación.)**

CARMELA.- **(Se acerca a LA FULANA ELEGANTE y le acerca el pincho a los morros.)** Cállate, colega, que te estropeo la carrera.

LA FULANA ELEGANTE.- **(Balbucea, aterrada.)** No, no, por favor...

OKAPI.- **(Sigue echado en la cama, como si tal cosa.)** ¿Sabes, Carmela? Esta está muy buena, pero no folla ni la mitad que tú.

CARMELA.- ¡Te rajo, cabrón!

OKAPI.- ¿Sabes lo que te digo? Que lo podíamos hacer delante de ella, *pa* que aprendiera un pelín más que nada...

CARMELA.- **(A LA FULANA ELEGANTE, con rabia contenida.)** Humo...

(La interpelada se refugia cada vez más con las sábanas. CARMELA parece perder la paciencia y la saca de la cama de un violento tirón. LA FULANA ELEGANTE, como Dios la trajo al mundo, trastabilla por el piso y cae el suelo.)

¿No te da vergüenza, quitarle el chico a una colega?

OKAPI.- **(Llorosa.)** ¿Y yo qué sabía?

CARMELA.- ¡Humo...!

(Apresurada y espantada salida de LA FULANA ELEGANTE, que no se atreve a echar mano de su ropa, colocada con perfecto orden allí mismito. CARMELA se vuelve hacia el OKAPI.)

¡Tu ropa!

OKAPI.- ¿Un cañivete, Carmela? Que tengo *pagao* este apartamento y casi ni lo he *usao*.

CARMELA.- ¿Tendrá desfachatez el tío?

(Se acerca y le propina un puñetazo que le echa al suelo desde la cama.)

OKAPI.- (Por tierra.) Jo, Carmela, haber avisado. Creí que venías de broma.

CARMELA.- ¡La ropa!

OKAPI.- (Toma su ropa.) Lo que tú digas...

CARMELA.- ¡Vámonos!

OKAPI.- Me la tendré que poner, digo yo.

CARMELA.- ¡Te la vas poniendo en el ascensor!

OKAPI.- ¿Sabes lo que me haría ilusión? Echarte un polvo en el ascensor. Sería guapo, ¿que no?

(Salen ambos, empujado él por la iracunda CARMELA. Unos instantes después, regresa LA FULANA ELEGANTE, apenas cubierta por una rebeca que ha debido de encontrar por ahí. Mira hacia atrás, desconfiada, como si temiese que pudiera regresar la agresiva CARMELA.)

LA FULANA ELEGANTE.- ¡Qué ordinaria! **(Se sienta en la cama y se echa a llorar.)** ¡Qué humillación!

(Entra LA LUPITO con una bandeja en la que hay tres tazas de café.)

LA LUPITO.- Pero ¿dónde están esos dos?

LA FULANA ELEGANTE.- (Grita.) ¡Se han ido! (Se echa a llorar de nuevo.)

LA LUPITO.- ¿Y ahora qué hago yo con tanto café?

(Arrecia el llanto de LA FULANA ELEGANTE.
Conmuévase LA LUPITO.)

No consiento que te pongas así, reina mora. Que tus ojos están para llorar por ellos, no para que ellos lloren por nada ni por nadie.

(Llega de repente, una desgarradora voz lejana.)

VOZ DE MANOLO.- ¡Han matado a mi Adela! ¡Soy un miserable!

(LA FULANA ELEGANTE y LA LUPITO quedan atemorizados y mudos de asombro al escuchar -o sentir- la lejana queja.)

XXII

Precipítanse los acontecimientos. Acudimos a casa del PASMOSO. El PASMOSO y su esposa, LA SEÑORA TRINIDAD, están cenando en tenso silencio que, de no ser interrumpido por todo lo que viene a continuación, lo sería por terribles y sórdidas cuestiones conyugales.

VOZ DE MANOLO.- (De nuevo lejana, desgarradora.) ¡Han matado a mi Adela! ¡Soy un miserable!

LA SEÑORA TRINIDAD.- Has vuelto a beber, como si lo viera.

PASMOSO.- No empieces, Trini, que te la ganas.

VOZ DE MANOLO.- (Como antes.) ¡Han matado a mi Adela! ¡Soy un miserable!

LA SEÑORA TRINIDAD.- (Asustada.) ¿Quién grita así? Dicen que han matado a alguien.

PASMOSO.- Y a mí qué me importa.

LA SEÑORA TRINIDAD.- Estás borracho. Eres un vago. Te van a echar del cuerpo.

PASMOSO.- (Se levanta, amenazador.) ¡Te mato!

LA SEÑORA TRINIDAD.- ¡Para eso vales, para pegarme, holgazán!

(Llaman a la puerta.)

PASMOSO.- Quién será a estas horas. No abras.

LA SEÑORA TRINIDAD.- Cómo que no. Ahora mismo.

(Se apresura a ir a abrir la puerta.)

PASMOSO.- Eso es lo único que le gusta a esta arpía. Visitas. Chafardeo.

(Regresa LA SEÑORA TRINIDAD seguida del TERNERO, que aún lleva la gabardina manchada con la sangre de ADELA.)

TERNERO.- (Con siniestro retintín.) Espero no molestar.

PASMOSO.- (Atemorizado.) ¡Ternero! ¡Qué haces tú aquí!

TERNERO.- He venido a arreglar un asunto. ¿Te acuerdas de la Adela? Sí, se llamaba Adela, pero no era la Adela que buscábamos.

PASMOSO.- No... Entonces ¿quién era?

TERNERO.- ¡Era su hermana, cabrón! Me has hecho matar a una inocente. Ya van dos. Pero ésta, además, ni siquiera era una puta. No tenía más culpa que tener un ser repugnante de hermana que era igualita a ella. **(Saca una pistola.)**

PASMOSO.- **(Aterrorizado por el tono del TERNERO y por el arma que acaba de ver.)** ¡Cómo podía saber yo todo eso! ¡Dilo! ¡Cómo! ¡Si tú mismo dices que eran igualitas! Espera, Ternero, espera. Trini, saca una copa para el Ternero. Es... es un buen amigo. Anda.

(Mira a LA SEÑORA TRINIDAD con gesto de desamparo. Ella, no sabemos si paralizada por el terror o por algún otro mecanismo aún desconocido para nosotros, casi se ovilla en silencio, de pie, a un lado del mezquino comedor.)

TERNERO.- Déjate de copas, que no me vas a engatusar.

PASMOSO.- ¿No me oyes, Trinidad? **(Grita.)** ¿Es que no me oyes?

(LA SEÑORA TRINIDAD sigue sin responder.)

TERNERO.- ¡Sin voces, Pasmosito, que no te va a valer de nada!

PASMOSO.- **(A LA SEÑORA TRINIDAD.)** ¡Esta me la pagas...!

TERNERO.- Me has desviado de mi auténtico objetivo. Tu otro colega tenía razón, la pista había que buscarla en el Corazón Loco Club. **(Apunta al PASMOSO y a LA SEÑORA TRINIDAD.)** ¡Quietos los dos! Tranquila, señora, que esto no va con usted.

PASMOSO.- ¡Ternero, no, no lo hagas!

TERNERO.- Me has *dao* información falsa, me has hecho dar un mal paso. Y conmigo no se juega.

PASMOSO.- ¡Y yo qué sabía, Ternero! ¡No, no lo hagas!

TERNERO.- Tu colega me ha *informao* mejor. Tú no estás *enterao* de nada, y me has *engañao*. Pero te has *pasao* de listo.

(Apunta al PASMOSO.)

PASMOSO.- ¡No...!

(El TERNERO dispara sobre el PASMOSO, que se derrumba. LA SEÑORA TRINIDAD se acerca al caído y lo mira, sin tocarlo. Se vuelve al TERNERO.)

LA SEÑORA TRINIDAD.- (Con timidez.) Está... está vivo todavía.

(El TERNERO hace apartarse a LA SEÑORA TRINIDAD y dispara sobre el malherido cuerpo del PASMOSO.)

TERNERO.- ¿Está muerto ahora?

LA SEÑORA TRINIDAD.- (Mira el cadáver.) Sí, ahora sí.

TERNERO.- Usted disculpará esta intromisión. ¿Se encuentra usted bien?

LA SEÑORA TRINIDAD.- Sí... Perfectamente.

TERNERO.- (Hace una reverencia.) Lo celebro. Señora, buenas noches.

LA SEÑORA TRINIDAD.- Vaya usted con Dios.

(Tras la reverencia, tieso en su dignidad de caballero andante, desaparece el TERNERO del lugar de los hechos. LA SEÑORA TRINIDAD contempla el cadáver con incredulidad.)

Lo han matado. Soy viuda. ¡Por fin!

VOZ DE MANOLO.- (Como antes.) ¡Han matado a mi Adela! ¡Soy un miserable!

XXIII

Y, por último, en casa de CARMELA y el OKAPI. Domina la situación una puerta, al fondo, que da al exterior de la vivienda. CARMELA se prepara para salir, vestida de putón identificable. Se está mirando al espejo, ponderando el efecto que ya conoce.

OKAPI.- (Su queja proviene de otra habitación de la casa. No le vemos.) Carmela, desátame, por favor. (CARMELA no responde.) Carmela, ¿no me irás a dejar aquí *atao*?

CARMELA.- (Se dispone a irse, tras un último vistazo al espejo.) ¡Calla, cobarde! ¡La culpa es tuya! ¡Haberlo pensado antes!

OKAPI.- (Igual.) Gritaré. Se van a enterar los vecinos.

CARMELA.- Y me alabarán el gusto. Te tienen *calao* desde hace un pelín de tiempo.

OKAPI.- (Igual.) ¡Desátame! ¡Esto que me haces es tortura! ¡No merece otro nombre!

CARMELA.- ¡Me voy al Club! Ahí te quedas.

OKAPI.- (Igual.) ¡Carmela, perdóname!

CARMELA.- ¿Cómo has dicho?

OKAPI.- (Igual.) ¡Que me perdones!

CARMELA.- Si me lo pides así... Pero lo primero es lo primero. A ver, ¿dónde está el botín?

OKAPI.- (Igual.) En el ladrillo del tabique. Donde está *despegao* el papel.

CARMELA.- Así me gusta. (Acude a un rincón del cuarto, ve el ladrillo en cuestión, lo aparta y saca el maletín del atraco. Lo abre y contempla los billetes.) ¿Lo volverás a hacer?

OKAPI.- (Igual.) ¡No lo volveré a hacer! ¡Te lo juro!

CARMELA.- (Irónica.) Eso está mejor.

(Va a desatar al OKAPI. Puesto que estamos seguros de que regresará CARMELA, y no sola, no la seguimos a la escena de la liberación y no vemos a nadie durante unos instantes.)

MANOLO.- (Cerca. Desgarrador.) ¡Han matado a mi Adela! ¡Soy un miserable!

(Regresa CARMELA, apresuradamente. La sigue el OKAPI.)

CARMELA.- (Alarmada.) Qué ha sido eso.

OKAPI.- Será el traperero.

CARMELA.- No. Era un lamento. Y esa voz... Me suena esa voz. ¿Quién era?

OKAPI.- Era una voz de hombre. ¿Cómo no te va a sonar?

CARMELA.- (Se vuelve al Okapi y se propina el primer bofetón de la tarde.) ¡Tú te callas!

OKAPI.- Lo que tú digas...

CARMELA.- ¿De dónde has sacao tanto dinero?

OKAPI.- Un golpe...

CARMELA.- Demasiadas casualidades. La sangría aquella de la Princesa Tuerta. Moncho, Vanessa, el Buey de Mar. Y, además, Sabino... ¿Te los has cargao tú a todos? (Agarra el maletín.)

OKAPI.- ¿Yo? Pero por quién me has *tomao*, ¿por el Siete Machos?

CARMELA.- Con tal que no te trinquen. Pero te lo advierto, si vuelves a las andadas, te corto los huevos.

OKAPI.- Eso hizo en mi pueblo el general Yagüe con un montón de gente. Según decía mi padre.

CARMELA.- (Le abofetea de nuevo. La santa razón y lo omnímodo de su imperio parecen poco propicios esta tarde a que su poder acepte limitaciones.) ¡A callar! Me voy al club. Dentro de un rato, apareces por allí y te pones cariñoso. ¿Entendido? Tiene que estar delante Nuri Campana, no lo olvides.

OKAPI.- (Enumera.) Aparezco, cariñoso, entendido, Campana...

CARMELA.- (Le atiza un pescozón.) ¡Le vas a vacilar a tu puta madre!

MANOLO.- (Como antes.) ¡Han matado a mi Adela! ¡Soy un miserable!

(CARMELA y el OKAPI quedan paralizados ante el desgarrador lamento de MANOLO.)

CARMELA.- Ha sido muy cerca, muy cerca...

(Llamadas a la puerta. CARMELA y el OKAPI se miran con extrañeza y cierto temor. CARMELA susurrando.)

Pregunta quién es.

OKAPI.- ¿Yo?

CARMELA.- Tú eres el hombre, ¿no?

OKAPI.- (En voz alta, algo gallito.) ¡Quién es!

MANOLO.- (Desde el otro lado de la puerta.) ¡Abre, Carmela! ¡Han matado a Adela! ¡Han matado a Adela!

CARMELA.- (Se precipita a abrir.) ¡Qué dices! (En el umbral, aparece MANOLO, hecho una pena.) ¡Quién es esa Adela!

MANOLO.- (Desde el umbral, sin moverse.) Tu hermana...
Mi mujer...

(Grito de CARMELA. El OKAPI, alarmado por el escándalo que le están dando a los vecinos, acude raudo a la puerta, empuja a MANOLO hacia dentro y cierra.)

OKAPI.- ¡Qué vocerío! Nos va a echar el casero.

(CARMELA, paralizada ante MANOLO, intenta comprender. Ni siquiera puede brotar el llanto de su atenazada garganta, abierta la boca en un horrendo y mudo quejido.)

MANOLO.- (Exhausto. Un hilo de voz.) Soy... Soy tu cuñado. Me casé con tu hermana Adela hace tres años, en Valladolid. Yo era un hombre honrado y amaba a tu hermana. Pero te conocí... Y me lié contigo. Ahora la han matado. La ha matado alguien que la ha confundido contigo. Iba a por ti y se encontró con ella... Tenemos un niño de pocos meses. Se ha salvado. Ahora duerme en casa de unos amigos.

(MANOLO rompe a llorar con feroz desconsuelo. CARMELA ha escuchado quieta estas palabras, inmóvil su crispado cuerpo, tensa en el vacío la expresión de estupor. De repente, sufre un desmayo. Felizmente, OKAPI está al quite.)

OKAPI.- (Arrastra a CARMELA a una silla.) Podías habérselo dicho poco a poco, no así, de sopetón...

MANOLO.- ¡Hemos matado a Adela, la hemos matado!

OKAPI.- (Diligente, le sirve una copita a CARMELA.) A ver, Carmelilla, ámate un poco... Pues yo no sabía que la Carmela tenía una hermana.

MANOLO.- (Sollozo.) Gemelas. Igualitas las dos.

OKAPI.- ¿Y tenías lío con las dos? ¡Qué morbo! Tiene que *molar*.

CARMELA.- (Vuelve en sí. La rodean ambos.) Adela, Adela... ¿No es un sueño? Una pesadilla, decidme que es una pesadilla.

MANOLO.- No, no lo es. Adela ha muerto.

CARMELA.- La han matado por mí.

MANOLO.- (Sollozos.) Y por mí. Y por todos.

OKAPI.- Eso de por todos...

MANOLO.- Es un castigo. Por mi adulterio. Por este amor contra natura que hemos mantenido tú y yo. Además, la policía sospecha que La Bambola murió igual.

CARMELA.- ¡La Bambola! ¡Qué tiene que ver con esto, si la mató un cliente sádico!

MANOLO.- Creen que la confundieron contigo.

CARMELA.- (Un grito ahogado por un poderoso nudo en la garganta.) ¡No!

OKAPI.- Ánimo, Carmela, que si te has *librao* dos veces, ya no hay quien te eche la pata. Tenemos que abrirnos.

CARMELA.- (Firme.) Quiero morir.

MANOLO.- (Se adhiere.) Yo también quiero morir. Quiero purgar, quiero pagar, quiero restituir la vida que he quitado.

CARMELA.- (A MANOLO.) ¿Sabes lo que estás diciendo?

MANOLO.- Lo sé.

CARMELA.- ¿Tendrás coraje?

MANOLO.- (Heroico.) Lo tendré.

CARMELA.- Okapi, prepara tres dosis. Mortales.

OKAPI.- ¿Tres?

CARMELA.- (Con autoridad.) Tú también te vienes.

OKAPI.- Ya entiendo. Que sean tres. (Se aparta a preparar las dosis.)

CARMELA.- (Llora.) Mi hermana, mi pobre hermana. Yo la quería, ¿sabes? Tenía ganas de volverla a ver... (Sollozos de MANOLO.) Manolo... Sé que te llamas Manolo... No sabía que eras mi cuñado. Nunca te hubiera dejado acercarte a mí. ¡Nunca! ¡Ni por todo el oro del mundo! ¡Puede estar segura de ello mi hermana, que ahora estará en el cielo! Mi madre y mi hermana nunca te hablaron de mí, ¿verdad? (De repente, perentoria, al OKAPI.) Okapi, date prisa.

OKAPI.- Estoy en ello. En seguida nos vamos al otro barrio, tú descuida.

CARMELA.- (A MANOLO.) ¿De verdad quieres morir?

MANOLO.- (Enfático.) No deseo otra cosa.

CARMELA.- ¿Y el niño?

MANOLO.- Alguien sabrá darle una educación ejemplar. Yo sería incapaz. He sido el asesino de su madre, que era una santa.

CARMELA.- Cuán ajena estaba a esta catástrofe. Creía que la vida empezaba a sonreírme. Me enorgullecí, me envanecí. Y Dios me castigó.

MANOLO.- Y a mí, y a mí...

CARMELA.- Pero yo estaba marcada. Lo estaba ya en mi familia. Adela, en cambio, no lo estaba. Era buena. Una santa, como tú dices. Siempre se llevó bien con papá. No como yo. (Al OKAPI, en idéntico tono que antes.) ¡Okapi!

OKAPI.- (Muestra tres jeringuillas.) Ya está.

CARMELA.- Es una muerte dulce, Manolo. No te enterarás. El último viaje. Okapi, tú primero.

OKAPI.- No mujer, que el experto soy yo. Es mejor que dirija las operaciones y me chute el último.

MANOLO.- Yo, yo seré el primero.

CARMELA.- No, yo.

OKAPI.- No os peleéis por eso, que hay para todos. A ver, tú, siéntate junto a la Adela. Trae esa silla. Eso es. Los dos juntitos. A ver. A arremangarse. La gomita. El pico. No, así, no, más *parriba*. Y tú, no te equivoques. En la venita, no en el músculo. A ver. Ahora. ¿Listos? ¡Chute!

(Se pinchan CARMELA y MANOLO simultáneamente.)

MANOLO.- (Melodramático.) La suerte está echada.

CARMELA.- Adela, hermana mía...

MANOLO.- Un castigo, el peor de los castigos de Dios.

CARMELA.- Pues que nos hubiese castigado a ti y a mí. Qué culpa tenía ella. Y vuestro hijo. Mi sobrino. Un pequeñín. Manolo, dime cómo es el niño. Cómo se llama.

MANOLO.- Es precioso. Un ángel del cielo. Se llama como yo. Pero no merezco ser su padre. Lo criarán mi hermana y mi cuñado. Así lo he dejado escrito. Ellos le harán creer que sus padres murieron en un accidente.

CARMELA.- Manolo, vamos a morir.

MANOLO.- Carmela, cuánto te he querido. Eso ha sido nuestra perdición.

CARMELA.- Cuántos hogares no habré destrozado de la misma manera, sin saberlo. Dios mío, perdóname, hasta que la desdicha no cae sobre nosotros, somos incapaces de conovernos.

(El OKAPI, que se ha retirado tras ellos, finge pincharse a su vez.)

OKAPI.- Ay, qué daño.

CARMELA.- (Empieza a sentir los efectos.) Okapi, ven a morir aquí, a mi lado, conmigo. (A MANOLO.) ¿No te importa, Manolo?

(El OKAPI acerca una silla a la de CARMELA, que queda entre ambos.)

MANOLO.- No puedo sentir celos en un trance así.

CARMELA.- Pobre Manolo. Tan inocente. Cuánto daño te he hecho. Cuánto daño le he hecho a mi pobre hermana, a mi sobrinito. Y mi madre, cuando se entere. **(Se desvanece poco a poco.)** Mi ma... Mi ma...

MANOLO.- (Que también sufre los efectos.) Carmela... Cuánto... cuánto te he querido... Cuánto te he... te he...

OKAPI.- (Finge los efectos.) Adiós, mundo cruel. Carmela, te espero en el otro mundo. Adiós, perra vida. **(Mira a CARMELA y MANOLO que, recostados sobre los respaldos de sus sillas, parecen colgados.)** Carmela, Carmelilla... Nada, que no hay nada que hacer ya. Caerá de un momento a otro. Y el maromo ese, ídem de ídem. **(Se levanta. Sigue mirándolos. Pero reacciona pronto.)** Estaría bueno. Yo me iba a dar pasaporte. Para nada, vamos... **(Se acerca al maletín y lo agarra. Parece que va a irse, pero lo piensa mejor. Se acerca a MANOLO. Le registra en la chaqueta y saca una cartera.)** A ver... Diez talegos. Una miseria. Pero algo es algo. **(Busca en el bolso de CARMELA, colgado de la silla de ésta.)** Esta pobre tendrá más. A ver. Veinte talegos. **(Encuentra algo más.)** ¡La pipa! **(Contempla el revólver.)** Vieja amiga. Me puede venir pero que muy bien. Me tengo que abrir, pero ya. **(De repente, llamadas en la puerta.)** ¡Mi madre! **(Insisten las llamadas.)**

TERNERO.- (Desde el otro lado de la puerta.) ¡Policía! ¡Abran!

OKAPI.- Esta vez sí que no abro.

(Mira a la ventana, se guarda el revólver y vuelve a poner la cartera de MANOLO en la chaqueta de éste. Toma el maletín y se dirige a la ventana, va a saltar, pero la puerta cede repentinamente ante el empuje del TERNERO, que viene armado.)

TERNERO.- ¡Tú, quieto! ¿Dónde te crees que vas? (**Apunta a los inanimados cuerpos de CARMELA y MANOLO.**) ¡No se mueva nadie! (**Al OKAPI.**) ¡Cierra la puerta! (**Obedece el OKAPI, vigilado por el TERNERO.**) ¡Atranca la puerta con ese mueble! ¡Vamos! (**El OKAPI arrastra un mueble y lo pone delante de la puerta.**) ¿Quién eres tú? Sí, ya lo sé. Tú eres el cabrón del Okapi.

OKAPI.- No. El Okapi es ese.

TERNERO.- (**Se vuelve.**) Y yo que le había *toma*o por el marido decente. Esta es la Carmela, ¿verdad?

OKAPI.- Sí, la Carmela.

TERNERO.- Y tú qué haces aquí.

OKAPI.- He... Vine por las llaves. Soy el hijo de la portera. Es que se van de viaje.

TERNERO.- Pues ya parecen de viaje. (**Ríe de su gracia, sin dejar de apuntar.**)

OKAPI.- (**Ríe estúpidamente, adulator, aún con las manos levantadas.**) Sí, sí. Siempre están *colgaos*. Qué pareja...

TERNERO.- (**Mira a CARMELA.**) Será posible. Son clavadas. Aquí sí que he tenido una metedura de pata. Las confundí. Pero se entiende, son igualitas. (**Apunta a CARMELA.**) Por fin, hija de perra. Felices sueños. (**Le dispara a bocajarro. Se derrumba la silla y CARMELA con ella.**) Y éste es el Okapi, ¿a que sí?

OKAPI.- Ese, ese, sí...

TERNERO.- Está *colocao*. Ni se va a enterar. Me lo tendría que agradecer.

(**Le dispara a MANOLO, que también se derrumba con la silla. El Ternero los mira, descuidando la vigilancia del OKAPI.**)

Jack, ya puedes descansar en paz.

(Continúa mirándolos, fascinado. El OKAPI ha echado mano a sus pantalones, donde guarda el revólver. El TERNERO se encoge de hombros, como si el cumplimiento de esta misión hubiera sido fatal, pero no desagradable. Se vuelve al OKAPI.)

Lo siento por ti, vecino, pero has visto demasiado.

(Va a apuntar al OKAPI, pero éste se adelanta con un disparo a quemarropa. El TERNERO cae fulminado. El OKAPI, alelado, lanza algunas risitas. Saca el revólver del pantalón. Lo mira. Más risitas.)

OKAPI.- (Mira su pantalón.) Me cago en la leche, se me ha jodido el pantalón. **(Va a ver los cuerpos de los otros dos.)** Bueno, estos ya estaban fiambres de por sí. O a punto. **(Los mira un momento, se repone y va por el maletín.)** Me abro, que esto está chunguísimo. **(Recapacita un instante.)** ¿Y qué voy a hacer yo ahora, sin la Carmela, de qué voy a vivir cuando se me acaben los cuartos? Me cago en la puta, qué mal fario... **(Mira a CARMELA.)** Con lo bien que follaba la Carmela, una profesional en condiciones...

(Va hacia la puerta, bloqueada por el mueble. Se queda aún alelado unos instantes. Entonces se oyen voces fuera. Llaman con fuerza, golpean insistentes.)

VOCES DE MUJERES.- (Desde el otro lado de la puerta.) ¡Carmela! ¡Carmela!

(Intentan abrir, pero el mueble lo impide. El OKAPI reacciona, toma el maletín, guarda el revólver y se dirige a la ventana.)

OKAPI.- Me tendré que ir a Sevilla. Con el mogollón aquél, pasaré *esapercibío*. Me tendré que cambiar el nombre. A mí no me conoce nadie. Me dejaré barba... (**Arrecian las voces y las llamadas. El mueble empieza a ceder.**) Lo dicho, me abro. Viva Sevilla y olé...

(Desaparece el OKAPI por la franca ventana.

Aumentan los gritos y los golpes. Arrecian los esfuerzos del vecindario, en su solidaridad, por forzar la puerta. Cuando expugnen el obstáculo, no se toparán más que con los cadáveres de CARMELA, MANOLO y el TERNERO.

Mientras tanto, gritos, golpes, gritos, golpes.)

FIN DE *PENAS DE AMOR PROHIBIDO*

Relación de fallecidos en la comedia *Penas de amor prohibido*

(por orden aproximado de desaparición):

JACK (Vilanova i la Geltrú, 1945-Barcelona, 1988).

EL ARTISTA SEXAGENARIO (Barcelona, 1927-Madrid, 1989).

MONCHO SUZUKI (Móstoles, 1967-Madrid, 1989).

EL BUEY DE MAR (Alcaudete de la Jara, 1953-Madrid, 1989).

EL CAMARERO DEL PELUQUÍN (Riaza, 1949-Madrid, 1989).

EL CAMARERO AFEMINADO (El Puerto de Santa María, 1960-Madrid, 1989).

LA MUCHACHA MORDAZ (Madrid, 1959-Madrid, 1989).

LA MUCHACHA QUE SE HACE LA TONTA (Alcantarilla, 1969-Madrid, 1989).

EL CABALLERO PREOCUPADO (Madrirdejos, 1948-Madrid, 1989).

EL CABALLERO CONTENTO (Tafalla, 1952-Madrid, 1989).
EL POLICÍA PRIMERO (Linares, 1960-Madrid, 1989).
EL POLICÍA SEGUNDO (Monforte de Lemos, 1957-Madrid, 1989).
EL POLICÍA TERCERO (Motilla del Palancar, 1955-Madrid, 1989).
VANESSA CADERAS (Alcobendas, 1966-Madrid, 1989).
LA BAMBOLA (Madrid, Maternidad de O'Donnell, 1972-Madrid, 1989).
SABINO EL DISCRETO (Torredonjimeno, 1935-Madrid, 1989).
EL PASMOSO (Cartagena, 1939-Madrid, 1990).
ADELA (Olmedo, 1965-Madrid, 1990).
CARMELA (Olmedo, 1965-Madrid, 1990).
MANOLO (Matapozuelos, 1958-Madrid, 1990).
EL TERNERO (Xàtiva, 1940-Madrid, 1990).

*Se agradecerá información sobre algún cadáver no
relacionado por descuido.*